

APUNTES BIOGRAFICOS.



José Balsamo, conde de Cagliostro.

Madrid 2 de Noviembre de 1847.



E dije, amigo mio, que Dumas habia hecho de *Las memorias del caballero Artagnan*, su graciosa y entretenida novela titulada *Los tres mosqueteros*, y que de un

cuento italiano, traducido despues al francés en el siglo pasado, habia sacado el argumento maravilloso del *Monte-Cristo*; pues bien, ese personaje de las *Memorias de un médico* cuya creacion te parece tan fantástica es tambien histórico, como Artagnan, y de sus escritos y de sus hechos ha sacado el supuesto autor de la *Torre de Nesle* lo que tú tienes por recursos de una feli-

císima invencion. Hé aqui una biografia ligerísima de José Balsamo, conde de Cagliostro, con la cual quedará demostrada mi opinion y rebajado tu entusiasmo por ese hechicero magnetizador, que aparece como un profeta en la novela del industrioso mulato.

A pesar de sus pretensiones sobre lo remoto de su origen y de sus insulas de noble, nació José Balsamo en Palermo el 8 de Junio de 1745, y sus padres, que murieron á poco, no pasaron de ser honradísimos comerciantes de escaso capital. Le educó un tío clérigo, y fué novicio de un convento de Cartagirone, donde aprendió filosofía, bellas letras, quimica y medicina. Tantas travesuras hizo con los buenos Padres que le echaron mas que de prisa de la santa congregacion.

Volvió á Palermo y allí perfeccionó su educacion aprendiendo á manejar las armas, á dibujar, y reuniéndose con lo mas disipado de la juventud ociosa. Distinguióse á poco por sus aventuras y una de ellas le ocasionó persecuciones de la justicia que le obligaron á huir á Mesina. Allí conoció á un español, ó griego segun otros, avanzado en años, conocedor de mu-

chas lenguas orientales, dado á la alquimia, al empirismo y á la filosofía persa y egipcia; se ganó su amistad y juntos visitaron algunas islas del Archipiélago, las costas de Egipto y Malta.

El gran maestro de la orden era aficionado á los devaneos de astrología y proporcionó cuantiosas sumas á ambos para sus esperiencias. Murió en este tiempo Althotas, y dejó al jóven palermitano todos sus manuscritos árabes, sus recetas y sus *profundos* secretos científicos. El maestro Pinto por cobrar algunos de estos le ofreció, segun dice la *Enciclopedia metódica*, la corona del reino que se habia de establecer en Córcega, si cierta conspiracion tenia un éxito feliz. Despues Bálamo se ha vanagloriado de ser hijo de este elevado personaje.

De Malta se dirigió á Nápoles, á Roma y allí conoció á una hermosísima jóven llamada Lorenza Feliciani, con quien se casó. Falsificó una patente de coronel del Rey de Prusia y varias letras de cambio y tuvo que huir á Bergamo. Desde esta ciudad con el pretexto de hacer una peregrinacion á Santiago de Galicia tomaron ambos esposos el camino de España y en la mayor miseria arribaron á Barcelona. Con bálsamos y elixires y estafa y rufianerías recompuso algun tanto su caudal Bálamo y pasó á Madrid, á Lisboa y á Lóndres. En Inglaterra ejerció todos sus oficios, y hasta la pintura: estuvo preso por deudas y sedujo á la hija del que pagó á sus acreedores.

Atravesó el canal de la Mancha y en Francia tuvieron amores ambos esposos y estuvieron separados algun tiempo; pero reunidos de nuevo, huyeron de sus incautas y empobrecidas victimas por Bruselas á Alemania para volver á Palermo de donde se vieron precisados á fugarse para librarse de la pena de galeras.

Otra vez á Malta, otra á España donde sacaron cuantiosas sumas con el elixir vital, con una pomada para hacer crecer los cabellos y con una afortunada cura que hizo José en Cádiz, Barcelona, Valencia, Alicante fueron teatro de las hazañas de *D. Tiscio*, y su esposa que se daban el aire de grandes señores.

Al fin partieron para Lóndres donde les esperaba el apogeo de su fortuna. Célebre ya Bálamo por sus aventuras y porque de ellas se habian ocupado las gacetas, célebre tambien porque se aseguraba que habia acertado los números de la loteria le atrajeron á su seno los masones, sociedad secreta poderosísima entonces. Apenas se vió entre ellos formó una nueva secta, tomó cierto aire grave, hizo alarde de lo que de lenguas orientales le habia enseñado Althotas y haciéndose llamar unas veces conde Fenix, otras marqués de Pelegrini, conde de Cagliostro, marqués de Ana ó principe de Trevisonda, desplegó un lujo oriental y nunca visto, hizo correr voces estrañas sobre su nacimiento y su ciencia que ratificó él mismo en una carta dirigida al pueblo inglés y se declaró médico filántropo.

Trasladóse á Paris, donde la novelaria le esperaba con avidez y allí reclutó numerosos prosélitos para su secta y se hizo respetar casi como un Dios. Su retrato estaba en todas las estamperías, su busto en los palacios mas á la moda, y los trajes de Lorenza Feliciani, su esposa, daban la ley: sobre un palacio, en la clave del arco, se leia *divo Cagliostro*.

Habia profetizado en Lóndres la revolucion francesa y por consiguiente no es de estrañar que tuviese

mucha parte en las grandes maquinaciones que la precedieron y que por ello fuese mas considerado de los sábios que entonces ejercian grande influencia.

Hizo por estos tiempos una escursion á Alemania y propagó con tal elocuencia sus doctrinas masónicas reformadas, que á millares se alistaban los nobles y las personas de valer, y por do quiera iba dejando logias. En La Haya, en Bruselas, en Venecia fué recibido como en triunfo, en Mitau, capital de la Curlandia, obtuvo tanto prestigio que le ofrecieron la corona y todos convienen en que la rehusó. En San Petersburgo hizo milagros con su química sublime, en Varsovia trató de igual á igual con los principes, en Estrasburgo tuvo el recibimiento de un Mesias, fundó un casino para que públicamente se enseñase la masonería egipciaca de que se decia fundador, y por todas partes llenaba sus arcas con cuantiosos donativos y cuestaciones de sus ciegos sectarios.

Dió vuelta á Francia, despues de este paseo de grande espectáculo, fundó logias en Burdeos y en Lion, donde se practicaban ceremonias estrañas y esperiencias de física con un aparato parecido al que desplegó despues Mesmer en su magnetismo animal. Llegado á Paris, su popularidad aumentada por la fama tocó en el mayor extremo y era considerado por el mismo principe de Rohan. Tú recuerdas que este prelado inmoral fué estafado por Mme. La Motte y por Cagliostro que hicieron comprar un collar para la Reina, y que esta alhaja fué vendida en Inglaterra despues de los célebres escándalos á que dió origen el proceso formado sobre esto; pues bien, Cagliostro salió libre de toda pena en este negocio, aunque le costó algunos dias de Bastilla. Para justificarse presentó una memoria que se dice redactada por un célebre magistrado, la cual mereció demasiada consideracion del Parlamento. En esta memoria dice todo lo que nos cuenta Dumas de su vida anterior á la aparicion en la novela. Que su niñez la habia pasado en Medina, donde le llamaban Acharat, y le servian esclavos, que Althotas habia sido su ayo y su maestro, que á los doce años cuando sabia todas las lenguas, la religion cris-



Castillo de San Leon, en que estuvo preso Bálamo.

tiana, la química y la botánica habia partido para la

Meca, que despues estuvo en Egipto, en Asia, en Africa etc. etc. Sus apasionados defensores imprimieron esta memoria con gran lujo, con el retrato del conde al frente y varias divisas alusivas á su filantropía y generosidad. Los abogados de Mme. La Motte quisieron desenmascararle; pero no lo pudieron conseguir, solo adelantaron que su libertad fuese un acontecimiento y que le recibiesen con iluminaciones y serenatas cuando volvió á su palacio.

El Rey, en vista de esta popularidad, le desterró á Passy y allí le siguieron todos sus amigos, que le daban guardia como en el real palacio, y con ellos muchas señoras entusiastas por él y por la masonería. En este lugar de recreo se declaró abiertamente revolucionario y profetizó la revolucion venidera y escitó al pueblo contra el monarca. Pero fué en Londres donde imprimió estas cosas y donde se declaró vengador de la Francia oprimida, apóstol de la libertad.

Mas no renunció á sus estafas y tuvo que salir de Inglaterra. Se dirigió á Basilea, pasó á Aix, á Turin y luego á Trento donde solo pudo ejercer la medicina, porque el obispo no le dejó plantear una logia. Deses-

perado viendo caer su fortuna y su influjo se fué á Roma para realizar un vastísimo plan, que segun él, tenia relaciones con la libertad del mundo. Vivió secretamente en la plaza de España; pero dió con una logia la inquisicion y en seguida prendieron al conde Cagliostro que fué sumaria y secretamente encausado y condenado á muerte. Su pena se conmutó en prision perpétua, y en Diciembre de 1789 fué trasladado al castillo de San Leon y encerrado en un calabozo que mas era sepultura. Allí murió este hombre digno de mejor suerte en 1795; sin duda tenia grandes cualidades aunque unidas á grandes vicios y fué de los que mas contribuyeron á promover los sacudimientos de la Europa y de la Francia á fines del siglo XVIII. Lorenza Feliciani fué encerrada en un convento y murió poco despues que su famosísimo esposo.

Tú juzgarás si es novelesco este personaje y tambien verás cuan poco ha creado M. Dumas. No quiero entrar en reflexiones, porque seria estenderme y no puedo hacerlo.

Tuyo

J. G. S.

ESTUDIOS BIBLIOGRAFICOS Y LITERARIOS.

ARTICULO SEGUNDO.

Circunstancias que concurrieron al descubrimiento de la tipografía.

Proponémos en este artículo trazar rápidamente una concisa y verídica reseña histórica de la imprenta desde sus primeros ensayos. Mucho se ha discutido en punto á esta materia, sobre la parte mas ó menos importante que debe atribuirse á cada uno de los inventores de la tipografía y acerca de cual tiene mas títulos al agradecimiento público. Estas cuestiones, siempre oscuras, son generalmente una fuente inagotable de controversias, cuyo fundamento ó probabilidad es curioso deslindar.

Ya hemos indicado la larga lucha que por espacio de muchos siglos siguieron las sociedades en medio de las tinieblas de su época, pugnando por romper las trabas que se oponian á los progresos de la ilustracion, los diferentes recursos á que se apeló para la propagacion de las ideas por medio de la escritura, y el adelanto de los estudios mas esenciales entonces. Tócanos ahora ocuparnos del período brillante en que produjeron su fruto las diferentes tentativas que sucesivamente se habian hecho para difundir los escritos.

Hay una coincidencia providencial que no puede menos de reconocerse al trazar la historia de la tipografía: tal es el afán de instruccion que precedió y se desarrolló precisamente en la época en que el invento tuvo lugar. Porque ¿quién duda que á haberse anticipado este maravilloso descubrimiento, á haber ocurrido en la oscuridad de los siglos bárbaros habria sido desperdiciado y perdido? Es en efecto una coin-

cidencia digna de notar esa sábia y oportuna preparacion de ideas que precedió al descubrimiento de Gutenberg.

La literatura empezó á salir de su postracion despues del siglo X. Inventóse el papel de trapo; los pueblos se dedicaron á especulaciones mercantiles que aumentaron los capitales y despertaron en los hombres deseos de instruirse; las turbulencias mismas producidas por el cisma de Lutero con sus disputas metafísicas y capciosas inclinaron á la lectura, propagando la afición á ella y al cultivo de las letras. Revivió el amor á la literatura clásica, recuperáronse manuscritos que se hallaban ocultos ó extraviados, y muchos célebres ingenios ganaron con trabajos de este género el título de restauradores de las ciencias y prepararon los ánimos para el descubrimiento de la imprenta. Procopio el historiador, el gramático Prisciano, Hesquio el lexicógrafo, el filósofo Boeth, el venerable Beda Alcuino preceptor de Carlo Magno y otros, son aun citados con respeto, porque habian ya empezado á trabajar para hacer que sobrenadaran en medio del naufragio universal los restos de las ciencias de la antigüedad. El Papa Silvestre II que ciñó la tiara pontificia á fines del siglo X, era incansable en el estudio de las ciencias y en comunicar á otros el fruto de sus investigaciones: poco antes de subir á la silla de San Pedro, hizo un viaje á España en busca de manuscritos, mandando se practicasen tambien activas pesquisas en toda Italia. Las cruzadas, el grande

acontecimiento que conmovió toda Europa, vino á interrumpir la afición que se desarrollaba al descubrimiento y adquisición de manuscritos.

Los siglos XI, XII y XIII produjeron sin embargo á Avicena, Lanfranco, Psello, Anselmo, Suidas, Ana Comneno, Rogerio, Bacon y otros muchos: finalmente en épocas posteriores el Dante, el Petrarca, Chaucer y Cower fueron otras tantas constelaciones que esparcieron torrentes de luz sobre los siglos siguientes, ilustraron á sus contemporáneos escitándolos á salir de su apatía é inspirándoles nuevamente amor á las letras, y sacaron á los autores clásicos del olvido en que yacían en los archivos de los monasterios, uniendo á estas obras maestras sus producciones y promoviendo el gusto á la lectura. No es menos digno de mención tratándose de los hombres que contribuyeron á salvar de una pérdida probable las obras clásicas, y de los que enriquecieron la lengua italiana, el famoso Bocacio. También en el siglo XV Poggio se dedicó exclusivamente desde su juventud al descubrimiento de manuscritos, y su cargo de secretario del Papa durante siete pontificados le proporcionó ocasiones de proteger en Roma el fomento de la literatura y el hallazgo de manuscritos. La familia de los Médicis, Teodoro Gaza y Manuel Crysolas influyeron asimismo poderosamente difundiendo el gusto al conocimiento de la lengua griega y á los estudios literarios. Observábase en varios pueblos, como ya hemos dicho, cierta tendencia á especulaciones comerciales, lo cual multiplicaba los capitales juntamente con el deseo de ilustrarse. Las personas de posición elevada abrigan un amor mas decidido á las letras que en los siglos anteriores, todas las clases principales de la sociedad se veían animadas de simpatías en favor de la literatura y germinaban por donde quiera destellos purísimos de civilización; hasta el entendimiento de las gentes vulgares parecía pulirse y desarrollarse. Todo en fin se hallaba preparado para el descubrimiento de la imprenta, había instrucción en las clases elevadas y deseo de adquirirla en las demas, solo faltaban medios de extender rápida y provechosamente los conocimientos por todo el mundo y de facilitar la propagación de los raudales de instrucción y de saber que brotaban de las plumas de los eruditos. Por otra parte las ciencias, la literatura y las artes esperaban solo la ocasión y el medio de difundirse para adquirir todo el poder, toda la fuerza que las estaba reservada. Nada faltaba, en suma, para dar principio á la obra grandiosa de la civilización del mundo, mas que los materiales necesarios para emprenderla.

Tal era el estado lisonjero de los conocimientos en aquella época, tal el deseo general de saber, tal en fin la necesidad de un medio de transmitir las ideas con mayor facilidad, prontitud, exactitud y baratura que por medio de las copias manuscritas.

Largo tiempo sin duda haría que se meditaba sobre el medio de conseguir estas ventajas. La idea de que una figura, un dibujo cualquiera grabado en relieve sobre un trozo de madera ó sobre una plancha de metal cubierta con un liquido de color, marcaba perfectamente sobre un plano, como lo es un pedazo de pergamino ó de papel la misma figura dando los ejemplares que se quisieran, fué el principio elemental de toda impresión. Pero la aplicación ofre-

cia una dificultad, cual era la inutilidad de la tinta comun que tanto por su palidez, como por ser demasiado líquida no reproducía con exactitud los contornos del dibujo grabado, dando solo por resultado una prueba borrosa y confusa. Forzoso era inventar una composición espesa sin ser dura, que estendiéndose sobre la superficie del grabado reprodujese la imagen que representara sin caer en los huecos vaciados para que resultaran blancos en la impresión y no saliera indecisa ó cargada. Necesitábase para el buen éxito de la tentativa la existencia de todos los accesorios, no en germen ó informes sino completos y perfectos, cual no pueden lograrse sino por la lenta elaboración de los siglos.

En la época de que hacemos conmemoración habíanse ya hallado todos los que debían contribuir al descubrimiento de la imprenta y que á no haber concurrido simultáneamente, la falta de uno solo hubiera bastado para malograr el proyecto. Esta ha sido siempre la suerte de los grandes descubrimientos; brotan caprichosamente las ideas, pero no dan fruto hasta que hombres de genio aprovechándose de trabajos anteriores los combinan y desenvuelven de modo que produzcan los resultados apetecidos, y consiguen la gloria que merecen por haber fecundado con su soplo creador el germen antes estéril. El papel como hemos visto estaba ya inventado, así como la tinta de imprenta, conocida desde el tiempo de Gutenberg y que llena completamente todas las condiciones apetecibles. ¿A quién toca el honor de este descubrimiento esencial? Nadie lo sabe, pero es lo cierto que de ella provino al momento el grabado en madera.

Los naipes inventados en Alemania á principios del siglo XIV y que se pintaban con pinceles, empezaron á imprimirse con moldes de madera hacia fines del mismo siglo, de esto se pasó á estampar por el mismo medio imágenes de santos que llegaron á estar muy en boga. El ejemplar mas antiguo de este género es una estampa de San Cristóbal, que tiene la fecha de 1425 y de la cual se conservan dos pruebas, una en el gabinete de Lord Spenser en Londres, y otra en la biblioteca real de Paris. Nada mas imperfecto que estos primeros ensayos, pero fueron rápidamente mejorando, reformáronse los contornos, mejoróse la perspectiva y comenzaron á ponerse algunas líneas de texto esplicativas del argumento en las márgenes ó al pié de la estampa; estas líneas fueron aumentándose, disminuyendo el espacio destinado á la imagen y ganando terreno el hueco que se reservaba para el texto, llegando insensiblemente á las nociones que guiaron el ingenio atrevido de Gutenberg.

Parece que los chinos han hecho uso de estos procedimientos desde los tiempos mas remotos aplicándolos no solo á los grabados y á los dibujos sino también á la escritura, es decir á la impresión de libros. Autores respetables sientan que en China se conoció la imprenta por lo menos quinientos años antes que en Europa, y no faltan algunos que apoyando las pretensiones de los orgullosos habitantes del celeste imperio, sostienen que las primeras nociones se tomaron de aquel país, y se transmitieron á Alemania muchos años despues que ellos habían usado del arte, por medio de mercaderes que venían de allá, y de los que traían libros de la Arabia. Aun suponiendo que

esto sea cierto, lo que trajeron fué el sistema embarazoso de láminas y de modo alguno la tipografía propiamente dicha; mas probabilidad y mas mérito tiene la otra pretension de los chinos, relativa á ser los introductores de la tinta de imprenta que tanto debió facilitar el éxito del invento y en cuya elaboracion todavia se distinguen. Pero dejando á un lado estas conjeturas que carecen de pruebas que las apoyen, ocuparémosnos aunque será muy ligeramente de las cuestiones que se han promovido defendiendo con calor los trabajos de Coster de Harlem, á quien los holandeses pretenden obstinadamente corresponder los honores de la invencion. Hé aqui en pocas líneas las particularidades que se refieren relativamente á este personaje,

Juan Lorenzo Coster nació en Harlem hácia el año de 1570: fué conserge del palacio Real: sus panegiristas dicen que paseando en los bosques que rodean á Harlem, le ocurrió grabar en madera letras aisladas, con las cuales imprimió sentencias y máximas sacadas de la Sagrada Escritura para instruccion de los niños: sucesivamente fué perfeccionando estos trabajos hasta que estableció un taller donde imprimió varios libros, entre otros el *Speculum humane salvationis*: despues inventó las matrices y la fundicion, pero la noche de Navidad de 1441 en tanto que Coster y su familia se hallaban cenando, uno de sus operarios Juan Fust se escapó llevándose la coleccion de punzones y de matrices y fué á establecerse en Maguncia donde se asoció á Gutenberg y Schœffer. La primera obra que salió de esta nueva oficina fue *Doctrinae Alexandri Galli*. Coster murió poco tiempo despues y sus hijos Andrés, Pedro y Tomas continuaron

y aumentaron la nueva industria que prosperó no obstante un nuevo robo de que fueron victimas, pues otro obrero, Federico Corseles, siguió el ejemplo de Fust y pasó á Inglaterra donde introdujo la imprenta.

Estas son en resumen las fábulas inventadas y sostenidas con admirable audacia por los escritores holandeses, pero que llevan en sí mismas la prueba material de su falsedad. Juan Fust fué un rico comerciante de Maguncia y no operario de ningun taller; se sabe que desde 1457 residió en dicha ciudad de donde era natural, y la invencion de matrices data todo lo mas de 1452. No existe una sola obra que lleve el nombre de Coster ó de sus hijos; verdad es que lo mismo sucede con Gutenberg, pero, ademas de constar que esto consiste en que tenia interés en que su nombre no apareciera en un principio en las ediciones, por hallarse condenado á adelantar cierta cantidad que él conceptuaba no deber pagar, existe en su favor una tradicion contemporánea hasta tal punto detallada, verosímil é incontestable, que no puede rechazarse sin injusticia, así como es imposible admitir la historia de Coster tal como la han inventado los escritores holandeses, que solo se apoyan en documentos falsos y en la opinion pública que han procurado exaltar hasta el extremo de haber levantado una estatua á Coster. Preciso es confesar que su taller fué bien desgraciado, pues ninguno de sus contemporáneos le ha conocido ni hace mencion de él; Erasmo especialmente, celoso como era de la gloria de su patria, difícilmente hubiera ignorado estos hechos tan honrosos para ella, ni hubiera dejado de aceptarlos despues de un escrupuloso exámen. La indole de estos articulos no nos permite referir los ar-



Método de Coster. Impresion con láminas de madera.

gumentos de que se valen los defensores de Coster, contentarémosnos con decir que está probado que sus pretensiones carecen de fundamento. Los libros que se le atribuyen, han salido indudablemente de las prensas de Nicolás Ketelaer y de Gerardo Leempt que florecieron en Utrech de 1475 á 1492, y en cuanto

al *Speculum humane salvationis*, principal documento en que se apoyan tenazmente los holandeses para defender á Coster, parece fué grabado sobre madera á modo de las antiguas estampas, y segun como ya hemos dicho se practicaba en China mucho tiempo antes de Gutenberg y Schœffer. Preparada la lámina de ma-

dera escribía en una hoja trasparente aquello que se quería, untábase despues por el lado de las figuras y caracteres, se pegaba á la madera y finalmente se rebajaba con instrumentos agudos toda la que rodeaba las señales de las letras. Vacía hondamente la lámina, para dar á la letra un pequeño relieve sobre el fondo, se cubria las piezas que sobresalian de una tinta espesa, cuya composición y grado de crasitud costó trabajo determinar, se extendía despues sobre la lámina el papel, se apretaba en una prensa y quedaban las letras señaladas de negro sobre fondo blanco. Es pues posible que Coster imprimiera realmente el *Speculum*, pero toda vez que las páginas estaban estampadas solo por un lado por medio de planchas grabadas en relieve y pegadas por el opuesto para que no resultáran otras en blanco, esta tentativa queda escludida del procedimiento tipográfico tal como le ha comprendido Gutenberg.

Fácil es conocer los innumerables inconvenientes del método de Coster: era preciso grabar tantas planchas como páginas tenía un volúmen, cosa que requería un trabajo inmenso y mucho material de difícil y embarazosa conservación, y que no daba por resultado regularidad ni elegancia; por otra parte las primeras materias eran escasas y caras y las correcciones muy difíciles, habiendo también necesidad de imprimir página por página: en fin sus cualidades eran pérdida de tiempo y precio tan elevado sino mas que el de los manuscritos.

Dejando pues á un lado las absurdas pretensiones que los escritores holandeses han querido sostener y que el vulgo de aquel país acoge inocentemente, respondiendo, como dice chistosamente cierto autor, al que les pone objeciones, con el siguiente argumento. «La prueba de que Lorenzo Coster ha inventado la imprenta, es que nosotros le hemos elevado estátuas,» razonamiento contundente y que no admite réplica; pasaremos á hacernos cargo del verdadero descubrimiento de la imprenta (1).

Considérase como tal la invención de los caracteres móviles, esto es, la sustitución de las planchas de un solo trozo, en que estuvieran grabadas todas las letras de una página, por pedazos sueltos, aislados y portátiles, de modo que puedan formarse palabras colocando los necesarios unos junto á otros, hacer líneas aproximando entre si las palabras compuestas y reunir en fin una página, poniendo unas líneas sobre otras, operación á la cual se da el nombre de composición y en la que consiste sustancialmente el arte tipográfico que tuvo lugar en Maguncia en 1438 segun unos, y en 1450 segun otros. Esta magnífica simplificación, admirable é ingeniosa, parece deber atribuirse á Gutenberg y tal vez también á Fust si bien parece haberse convenido en conceder al primero el lugar preferente; la dificultad de grabar en relieve cinco ó seis mil letras sin que la reunión de ellas adoleciera de irregularidad en las formas, en el mismo ó mayor grado que en las páginas graba-

(3) Puede consultarse los autores siguientes: Guido Pancirolo y su comentador Enrique Solmuht; Angel Roca, Agustimiano, el P. Kireker; Miguel Maittaire y su continuador Miguel Denis, Prospero Marchad, Juan Daniel, Sohoepflin, Gerardo Meerman, Abad Pluche, Wolffo, Abate Diosdado, el P. Terreros, Nebrija gramática impresa en Salamanca en 1492, el P. Hernando Hugo, Villa-rroja Polidorio Virgilio, Wimpbeling, Advertin, Parmerio, Melchor Guitardin, Barros, Yove y Pancirolo.

das en una pieza, era todavía un obstáculo importante; hacíase preciso inventar algún medio de que aquellos pequeños objetos una A ó una B por ejemplo, grabados á la estremitad de un pequeñísimo trozo de madera, tuviera simetría, igualdad perfecta y aplomo estremado, á fin de que en la impresión no aparecieran las palabras mal alineadas y descompuestas, que las letras se acercasen á igual distancia unas de otras para que no resultasen blancos desagradables á la vista, y finalmente era necesario hacer algo por sustituir aquellos caracteres que necesariamente eran de un grueso estremado y no podían ser combinados mas que en folio grande por otros que se prestarán á diferentes tamaños y comprendieran mas texto. Lo que dos hombres de génio habían emprendido con éxito, fué llevado á cabo por Pedro Schœffer; así pues á Gutenberg, Fust y Schœffer toca todo el honor del descubrimiento de la imprenta ó con mas propiedad de la tipografía, palabra que espresa la reproducción de la escritura por medio de tipos invariables y móviles y en cuyo arte los inventores y sus contemporáneos no vieron mas que un descubrimiento curioso y útil, al cual no atribuyeron tal vez mas importancia social que la que nosotros concedemos al daguerreotipo.

Alemania fué la cuna de estos tres inventores. Gutenberg nació en Estrasburgo (1), Fust y Schœffer en Maguncia. Vamos á ocuparnos rápidamente de las circunstancias que los reunieron. Parécenos ante todo oportuno fijar aquí la verdadera ortografía del nombre Gutenberg, llamado unas veces Guttemberg, otras Gutemberg, otras Guttenberg y hasta Gulhemberg; el solo nombre conforme á la etimología y ortografía Alemana es Gutenberg, (*gute* buena, *berg* montaña, que es con el que se distinguía uno de sus señorios) Juan Sulgeloeh señor de Gansfleisch y de Gutenberg descendía de una familia noble pero poco rica; estudió lo que entonces llamában ciencias ocultas, es decir la física y especialmente la química; sus tareas produjeron resultados interesantes pues en 1431 formó compañía con tres ciudadanos de Estrasburgo para explotar varios secretos que á todos les enriquecerían, y entre los cuales se contaba la tipografía; á la muerte de uno de los asociados promovióse pleito acerca de ciertos instrumentos que habían desaparecido del taller, en el cual probaron cinco testigos, entre ellos un criado de Gutenberg, que este era el primero que habia practicado el arte de imprimir con tipos sueltos: el litigio fué causa de la disolución de la compañía y existen actualmente los documentos de este proceso (2); entonces pasó Gutenberg á establecerse en Maguncia, pobre en verdad, pero no desanimado; la opinión mas autorizada es que se habia arruinado sin poder producir hasta entonces una sola página limpia y legible; sea como fuere, en 1450 se asoció con Juan Fust, rico platero de Maguncia y artista de mérito, al principio recurrieron á moldes de madera, en seguida probaron letras sueltas tambien de madera ó de metal labradas con un cuchillo, pe-

(1) Gutenberg se estableció en Maguncia, compró una casa y pidió los derechos de ciudadano; su título de vecino de Maguncia es segun opinión de muchos el único motivo en que se han apoyado los que le señalan esta ciudad por patria.

(2) Se guarda en la torre de la moneda y de ahí resulta tambien, que Gutenberg antes de 1439 enseñó á pulir piedras y ejerció otras industrias, entre ellas la de fabricar espejos.

ro las láminas de madera tenían además de los inconvenientes que ya hemos apuntado, el de que no pudiéndose desunir las letras y prestarse á otras combinaciones solo servían para una obra determinada; las letras sueltas de la misma materia, humedecidas, puestas á secar y manoseadas, se torcian y alteraban, las barritas con la letra en un extremo que fundieron despues, si eran de plomo ó estaño adolecían de blandura, si de hierro ó cobre eran vidriosas, de modo que quedaban vastas, informes é inútiles; en suma estos experimentos tuvieron á cual peor resultado, lo que hizo que se disolviera la compañía con motivo de los considerables desembolsos que se le originaron á Fust en la impresion de la famosa Biblia llamada *de las cuarenta y dos líneas*; siguióse un pleito que dió por resultado la separacion de Gutenberg que se retiró y de Fust que se quedó con el establecimiento, ignórase si durante la compañía se perfeccionó el arte de fundir caracteres de metal, que se habían visto precisados anteriormente á labrar á mano, ó si, como parece mas acreditado, esta invencion fué debida á Pe-

dro Schœffer de Gernsheim, operario inteligente del taller de Fust, que parece se hallaba enamorado de la bella Cristina hija de este, con quien deseaba casarse soñando en salvar, no por medios vulgares y vergonzosos sino por la virtud y el brillo de su talento, la distancia que hacia difícil esta alianza desproporcionada. Entusiasmado con los trabajos de su maestro y de Gutenberg, cuyo genio envidiaba, propúsose elevar el arte tipográfico á una altura inesperada; de sus meditaciones y de sus tentativas nació la fundicion de caracteres, que Fust premió asociándole á su casa y dándole la mano de su hija. Este hecho un poco romanesco aparece en una nota final del *Trithemianarum historiarum Breviarum*.

La invencion de Schœffer consistió principalmente en la combinacion de los metales convenientes á los caracteres de relieve y en la perfeccion de los punzones y matrices para formar las cavidades y figuras de las letras; reducese á grabar en hueco el dibujo de un caracter cualquiera en un molde hecho á propósito, por medio del cual, llenándole de metal derretido, se obtie-



Método de Gutenberg. Caracteres movibles

nen rápidamente todas las letras de un mismo tipo que se desean, exactamente iguales en el tamaño y en la forma, puesto que son productos de un mismo molde, y por consiguiente de una alineacion y ajuste perfectamente exactos: Gutenberg vió en fin llevado al mas alto grado de perfeccion el arte que había creado, salió de su reposo gracias á la proteccion de un bienhechor y estableció una imprenta que regentó solo, desde 1455 hasta que obtuvo un destino bien dotado en el palacio del elector Adolfo: reconcilióse con Fust, surtióse de caracteres fundidos y fué en fin tan

hábil impresor como había sido inventor grande, el *Psalterio* que salió de sus prensas en 1457 será siempre mirado como un monumento de perfeccion tipográfica (1). Nombrado gentil-hombre ordinario y dotado de

(1) La Biblioteca Nacional de Madrid posee 965 libros incunables ó pertenecientes al primer siglo de la imprenta. El mas antiguo es el titulado: *Lactantii Firmiani de Divinis institutionibus*, impreso en el monasterio de Subiaccensis en 1465, esto es tres años despues de la Biblia primer fruto del descubrimiento. Hay una coleccion de ediciones de las fechas siguientes: 184 del año 463 al 80, 360 del 80 al 90 y 690 del 90 al 500.

una pensión suficiente y una casa en Gotha, Gutenberg anciano y achacoso por los trabajos de su vida laboriosa y agitada, se retiró á pasar tranquilamente sus días hasta 1463 en que falleció en el mes de Junio, recayendo su imprenta en poder de Conrado Hanéquis.

Hemos referido concisamente las circunstancias que concurrieron al descubrimiento de la tipografía, con la exactitud posible, habiendo de reducir nuestro cuadro á estrechísimos límites y tratándose de hechos mal averiguados unos por el interés que en un principio hubo en ocultarlos, desfigurados otros por un espíritu de nacionalidad mal entendida, que ambiciona apropiarse aun por medio de fábulas la gloria que de ellos resulta. Reservamos las esplicaciones relativas á las prensas, las formas y otros medios materiales de ejecución del arte, para cuando nos ocupemos de sus procedimientos y cortando este artículo largo

en demasia, dejamos para el siguiente trazar la historia de la propagación de la imprenta por el mundo y bosquejar el estado actual del maravilloso invento que multiplicando los ejemplares impide que desaparezcan ó se pierdan hasta las mas insignificantes tareas del entendimiento, y que resistiendo al tiempo que con su poder destruye las obras mas sólidas de arquitectura, los monumentos mas colosales, desvirtúa su acción hasta el punto de que no pueda acabar con el pensamiento del hombre una vez consignado; de ese descubrimiento en fin que restaura el pasado para legarlo á la posteridad, eterniza los hechos y los adelantos presentes, y penetrando en las mas humildes y solitarias moradas, despierta en los pueblos las ideas útiles, los inclina á mirar por sus intereses y trabaja por su bienestar en el porvenir.

ANGEL FERNANDEZ DE LOS RIOS.

ESTUDIOS FILOSOFICOS.

LA MUGER.

ARTICULO SEGUNDO.

En nuestro artículo anterior nos ocupamos de la condición de la muger en las sociedades antiguas, presentándola en una esclavitud moral de que ni sus gracias ni sus encantos podían sacarla. Luego hablamos de su redención por medio del cristianismo, hallando en esta religión de amor el único elemento en que la muger puede vivir en todo el desarrollo de las esquisitas facultades de su alma. No que no haya habido tiempos en que el cetro del mundo haya estado en sus manos. Nosotros la hemos visto sentada en los tronos mas poderosos de la tierra, la hemos hallado agitando el cimbalo sonoro en las grandes orgías de los pueblos paganos, la hemos contemplado sobre el tripode de la Pithia, ó cortando la verbena sagrada en los misteriosos bosques de los druidas; pero en medio de todas las veneraciones, de todos los holocaustos que se la han rendido, nosotros la hemos creído siempre, cuando mas, una víctima engalanada que la ignorancia ó la locura comun llevaba al sacrificio. Aquí repetiremos lo que ya hemos dicho otra vez: el verdadero imperio de la muger está dentro de la familia. Cuando, como dice Montesquieu, no se construían casas en Roma porque sus habitantes pasaban el tiempo en la plaza pública ó en los trabajos del campo, ó cuando como en otros muchos pueblos los hombres vivían solo para la guerra, era imposible que hubiese calma y holgura suficiente para que el hombre y la muger, rodeados de sus hijos, pudiesen retirarse al recinto sagrado del hogar doméstico, á tomar fuerzas en el amor comun para la lucha que es preciso sostener sin descanso en el mundo. En vano Jeneonte con su poderoso genio trazaba en su magnífica obra sobre la muger los verdaderos goces y deberes de los individuos de las respectivas familias. El hablaba, como Sócrates á los filósofos, á

una sociedad que no habia de entender los rasgos de sencillez y de encanto primitivo que brotaban de su pluma.

Bajo las tiendas de las tribus errantes del Oriente, ó en los clanes nómadas del Norte, la sencillez de las costumbres protege el natural pudor de la muger; pero sucede comunmente aun tan cerca de la naturaleza verse trocados los papeles hasta el punto de consagrarse el hombre al ocio ó al placer, en tanto que su compañera se ocupa en las faenas que se resisten á la delicadeza de sus miembros hechos para los quehaceres suaves del hogar doméstico. Así vemos que aun en la graciosa pintura que hace Salomon de los atributos de la muger, en medio de los deberes domésticos que la traza con mano dulce, la presenta tambien como ocupada en los rudos trabajos del campo. «Ciñó de fortaleza sus lomos, dice, y fortaleció su brazo.» Y antes: «Del fruto de sus manos plantó una viña.» De modo que aun en ese cuadro sabio se halla la muger alternando en toda clase de faenas, para ganar con sus manos «el pan que trae de lejos como nave de mercader.» Es preciso concluir de aquí que por regla general el hombre ha abusado de su fuerza, no para amparar con ella á los débiles, sino para hacerlos servir como instrumentos de su ambición y bienestar. Ahora bien: cuándo habrá pasado el reinado de los fuertes?

Tambien es cierto que hemos visto á la muger en la antigüedad dominando por la fuerza de sus encantos, pueblos enamorados de lo bello ó sumidos en el fango de los apetitos carnales; pero hay imperio pagado mas tristemente que el que alcanza la belleza en este mundo, cuando solo cifra su poder en las esteroidades de la naturaleza física? ¿Hay nada mas terrible que las amargas decepciones que rodean la vida

de la muger que ha logrado por un momento levantarse á la altura de la apoteosis humana, por medio de los prestigios de una hermosura que el soplo de la tarde ha de disipar? Oh no! la naturaleza no ha podido nunca dar esos triunfos á la belleza á costa de la amargura de toda una vida pasada luego en la oscuridad. Hubiera sido el mas horrible abuso de su fuerza si hubiera echado al mundo á la muger para brillar un solo dia, condenándola luego á caer de lo alto de las mas encumbradas fascinaciones al abismo de todos los desprecios humanos. Porque tal es la suerte de la muger que logra dominar un instante el mundo por sus encantos: tiene una mañana alegre y risueña: las auras del cielo olean las flores que ciñen su cabeza y mil espiritus invisibles vienen á adormecer su alma en la molicie y el placer; pero la tarde de su vida es terrible como el infierno: el cielo mismo parece haberse complacido en vengar su arrogancia y orgullo convirtiéndola de un objeto hermoso en que todos fijaban los ojos, en un ente despreciable sobre el cual vienen á caer todas las debilidades y todas las miserias humanas. El rostro de la muger, en efecto, asi como ha podido sufrir las mas ligeras y rápidas inflexiones en los momentos de placer, llega tambien á contraerse horriblemente á los menores asomos de la edad y el dolor. El hombre apenas cambia con los años: la vejez imprime en su semblante algo de la venerable dignidad de los dioses; pero en la muger la transicion es brusca; como la rosa de nuestros jardines, ella despliega en un solo dia todas sus gracias y sus colores, para verse luego marchita y pisada por el pie audaz del que viene, huésped un momento en el mundo, á buscar los placeres y las emociones de hoy. Asi pues, lo repetimos, la muger no puede cifrar su imperio en sus encantos naturales: Dios los puso en sus labios y en sus mejillas para hacérselos amar; pero es preciso que ella por medio de los prestigios del alma sepa luego retener en sus redes un pájaro pronto á tender el vuelo. Asi pues, es inútil querernos hablar de la felicidad y el poder de la muger porque una Elena removiese el mundo antiguo por la fuerza de su hermosura. Nosotros reconociendo el prestigio que ejerce sobre nuestras facultades en los momentos de la vida en que se despiertan en nosotros las pasiones del alma, no nos dejamos deslumbrar por un poder tentador que, como el del angel malo, no puede nunca servir para sus alegrías. Ella podrá embriagarse un momento en los deleites del mundo; pero será solo para pasar luego á una vida de doble luto y oscuridad. Con una alma sensible escitada vivamente por el placer, con una organizacion esquisita ajada por el contacto de la carne, la oscuridad á que luego se verá condenada será para ella un martirio semejante al de la flor que se ha abierto á los ardores de un dia de verano, para morir en una noche de escarchas y de niebla.

Algo mas dulce, algo mas igual y mas seguro queremos nosotros dar á la muger abriéndola los dulces y abundosos manantiales del amor de madre, del amor de esposa y del amor de hija. En la infancia de la vida queremos que caigan sobre su cabeza virginal los blancos cabellos de unos ancianos padres, que han envejecido en la virtud y en el amor de su familia. Para cuando se despierte en ella esa voz del corazon que la hace buscar por el mundo una mitad de su alma,

sin la cual aparecen pálidas todas las alegrías de la tierra, queremos presentarla los amores castos y puros de un esposo que aprenda á amar en ella la virtud y el santo deber de la familia, para el dia en que se haya agostado la corona de rosas de los desposados. Luego, cuando vienen los años, cuando huyen la sonrisa de los labios y la alegría vividora de los ojos, cuando las arrugas de la edad vienen á recordarnos lo efímero de nuestro paso sobre la tierra, ofrecemos á la muger el cuadro encantador de unos tiernos niños que en medio de la indiferencia general vengan á esperarlo y á temerlo todo de ella, y beban en sus labios que parecían estar muertos ya para el mundo, la doctrina que ha de guiarlos por medio de las tinieblas del camino que han de atravesar. Viviendo en su posteridad, volviendo á las emociones de los primeros años por la dulce simpatía que existe entre su alma y la de sus jóvenes hijos, cuando ya todo parecia cubierto de un velo opaco, brilla para la muger un horizonte embellecido por los mas tiernos albos la mañana. Hay una época despues en que aun los mismos hijos tienen que abandonar el nido de sus padres para tender el vuelo á donde la ley de la naturaleza los llama; pues bien, entonces que el hogar paterno parecia deber quedar triste como la enramada que han abandonado los pájaros cantores, animase de nuevo la vida de la muger con las alegrías que inspiran á su alma las risas infantiles y los juegos mas que nunca en armonía con sus debilidades de los tiernos netezuelos, que, en los dolores de una madre que acaba de echarlos al mundo, esperan sus brazos providentes y sabios.

Tal es el cuadro que ofrece á la muger la vida del cristianismo: de tal modo ha regenerado su ser sacándola de la oscuridad ó de la exaltacion febril de los primeros tiempos, para darla una existencia apacible y tranquila como las aguas de los lagos.

Pero preciso es decirlo: las turbulencias sociales y políticas que han agitado á la humanidad desde la aparicion del cristianismo, han impedido que la semilla de bendicion que su doctrina sembró en la familia haya dado todavia su fruto. En medio de los horrores de la lucha parecia que se necesitaban mas bien brazos para combatir que labios para adoctrinar. Asi pues, la muger levantada en principio del fango en que yacia ha quedado en el hecho sin ejercer su mision social, ni lo que su importancia reclamaba. En los siglos medios la hemos visto sumergida en la mas completa ignorancia, é iluminada solo por un pensamiento fecundo, por la creencia en Dios, dar á la sociedad una generacion entusiasta que iba á buscar la muerte ante los muros de la ciudad eterna. Bajo las altas bóvedas de los castillos la familia cristiana comenzó á delinearse con bastante fuerza; pero eran aquellos unos tiempos en que la muger no podia influir mas que de un modo vicioso en la educacion del hombre: por medio de su exaltacion religiosa infundia en las almas de los jóvenes guerreros ese delirio febril que en un principio debia contentarse con combatir á los que venian de lejanas tierras á remover en sus cimientos el edificio de una sociedad creyente que iba trabajando penosamente los elementos de su nueva organizacion; pero que luego se revolvió contra los que vivian bajo sus mismos techos, animado por un sentimiento de esterminio y como si el amor

de Dios no fuese bastante grande para abrazar todos los linajes de la tierra. El choque de las dos civilizaciones de oriente y occidente produjo luego el espíritu de la caballería con un cierto culto rendido á la muger que la hizo salir del retiro de las viviendas feudales para animar la vida social de los pueblos. Entonces tampoco fué el día de la muger: no había podido ser madre ni esposa porque la ignorancia en que vivía la había hecho no ver mas que un solo punto en la grande escala de sus deberes: luego cuando el mundo la llamó á sí para suavizar las costumbres olvidó lo poco que había aprendido para con la familia, volviendo á las antiguas fascinaciones que podían turbar de nuevo su cabeza. Mas adelante, cuando la ignorancia fué disipándose, cuando algunos hombres privilegiados comenzaron á resucitar los antiguos estudios, establecióse una gran diferencia entre la inteligencia del hombre que sabía pensar y la de la muger que permanecía en su ignorancia primitiva. Entonces mas que nunca se puso en duda la importancia de la muger: se la creyó un animal traidor y dañino que era preciso sujetar para que no turbase la santa paz de los hombres consagrados á los negocios graves, y hasta hubo quien quiso negarle que tuviese alma. Los mismos teólogos, dice un escritor eminente, en la turbación que los agitaba parecieron olvidar un momento que Jesucristo participaba de la humanidad por medio de su madre. Creadas las sociedades modernas las cortes de los grandes monarcas de Europa llamaron á su centro á la muger para corromperla con los vicios de unos hombres que no concorrian otro fin en la vida que los placeres de su soberano. Entonces se pensó en el grande atraso en que estaba la muger respecto á la enseñanza de las cosas mas necesarias á la vida. Dos eminentes varones se ocuparon en Francia de su educación, tratando de sacarla de las preocupaciones góticas en que se hallaba. Se creyó que podría aprender algunas lenguas muertas para que comprendiese los autores clásicos, tipos de la belleza de las formas; además se la quiso enseñar la historia, para que los ejemplos que vemos en ella hiriesen su impresionable imaginación, dándole a entender algo acerca de la ley moral que rige á la marcha de los acontecimientos humanos. Pero todo esto era nada; los libros que tan sábios hombres escribieron no llegaron mas que á las manos de cuatro mugeres corrompidas que habían aprendido á despreciar la ciencia en las frivolidades de una sociedad educada por Voltaire. Además, preciso es conocerlo, aquellos libros no abrazaban en toda su estension la educación de la muger, tal como es necesaria para que esta olvidada mitad del género humano cumpla su misión en la tierra. Se daba algo á su imaginación y á su inteligencia; pero se interpretaba de un modo absurdo lo relativo á las facultades de su alma. Se podía engendrar mas fanatismo que amor de Dios por medio de aquella enseñanza católica que un siglo de aberraciones exijía.

Así, pues, como ya hemos dicho, la muger apenas ha estado apercebida en medio de las luchas sociales, religiosas y políticas que se han seguido durante tantos siglos.

En los tiempos modernos todos sabemos lo que se ha dado á la muger: se le ha querido enseñar lo que el hombre solo debe aprender, ó tratando de

evitar los perniciosos efectos de una educación culta, se la ha mantenido en una crasa ignorancia. Tiempo es pues de que conquiste en la sociedad el puesto que tantos siglos se le ha quitado.

Nosotros no queremos, para ella, como ya lo hemos dicho otra vez, el ruido y las agitaciones del mundo. Otro lugar mas santo y mas tranquilo, guardamos á su corazón hecho para el amor y á su organización hecha para las dulzuras de la familia.

Esta cuestión que parece afectar tan solo á la felicidad de la muger, afecta de un modo muy sensible á la vida social de los pueblos. El porvenir de la muger es tal vez el porvenir de la humanidad: nosotros no creemos aventurar nada si decimos que ella sola puede resolver el gran problema de la felicidad humana que el orgullo y la inteligencia del hombre se han propuesto en vano tantas veces realizar. Nosotros queremos estudiar esta cuestión, queremos ver si en efecto la muger debe ser otra cosa de lo que hasta el día ha sido, para bien de una generación que tan poco ha hecho por ella. Mas diremos: queremos ver si á la altura en que se encuentran actualmente los destinos del hombre, está reservada á la muger una de esas misiones divinas que en otros tiempos confiaba Dios tan solo á los ángeles y á los espíritus elegidos.

Háse dicho muy frecuentemente, que la muger no estaba en un pie de igualdad absoluta con el hombre. Esto que en algunos casos puede ser una queja fundada, carece en otros de toda razón. La muger, en efecto no se halla colocada en la misma posición que el hombre; pero tampoco debe estarlo: como ya llevamos dicho la esclavitud en que se ha hallado hasta los tiempos presentes no tanto ha dependido de lo violentas que han sido las épocas de la historia del mundo, como de la falta de comprensión que ha habido para dividir en la sociedad lo que ha nacido dividido en la naturaleza. El hombre y la muger no pueden vivir del mismo modo: hay un mundo á parte para cada uno de los dos sexos en que la vida se desarrolla en una armonía eterna. El hombre ha nacido para dominar el mundo; la muger para embellecerlo: el corazón de aquel se vé dominado siempre por eternas aspiraciones hácia un poder infinito de que tiene un recuerdo vago en el alma: la muger, ángel de paz y de amor, calma con la suavidad de su voz esa exaltación febril de la mente, atrayendo al pájaro que vaga sin rumbo por los aires al nido preparado por el amor, y donde podrá encontrar caricias y reposo hasta que despunte la aurora del gran día. El hombre no podrá nunca mas que doblar á su voluntad de hierro los elementos que en la naturaleza se opongan á su paso de Rey: la muger por el contrario, blanda y amorosa se unirá por simpatía á todo lo que el mundo ofrece de mas tierno y mas inclinado á vivir para el amor. Aime Martin, que es sin disputa ninguna el que mejor ha escrito hasta ahora en la materia, establece un paralelo entre los distintos atributos del hombre y la muger que creemos digno de trasladar aquí. «El hombre, dice, reina en el globo, su genio somete el toro al yugo, el caballo al freno, y el reno al carretón del salvaje. Envía el halcón á los aires y le obliga á traerle su presa; el filocócoras al fondo de las aguas y le obliga á traerle su pesca; el perro á la tierra, y le obli-

ga á taerle su caza. Tal es el poder de la fuerza ; no parece sino que todo lo ha de someter : sin embargo, con solo contemplar la naturaleza en sus obras mas admirables se echa de ver que detrás de este amo orgulloso espera á otro mas benigno.

Llega la muger y funda con sus caricias su imperio : todo se suaviza á su alrededor : la gallina le da su huevo, la vaca su leche ; cuida de la abeja que le trae el jugo de las flores , y del gusano que transforma en seda la hoja del moral. No faltan animales que parecen criados para ayudar su debilidad y la de sus hijos : tal es el asno mas paciente que el caballo ; la cabra mas fácil de alimentar que el toro , y la oveja cuya lana hilada es mas caliente que la piel de las bestias salvajes. Si la naturaleza ha dado al hombre el perro, vagamundo é irascible como él, para defenderle de los animales carnívoros, ha sometido á la muger el gato, sedentario y paciente como ella, para velar por la conservacion de las provisiones que reúne su mano económica y sabia.

El hombre aprende de los animales varias clases de industria : el conejo le enseña á formar subterráneos, el castor á construir diques, el cisne á navegar. Pero la muger reúne á su alrededor instrucciones bien variadas, sin ser menos útiles. La araña le enseña á hilar y tejer ; la mariposa á matizar sus vestidos de diversos colores ; la abeja á extraer de los vegetales los jugos mas dulces. El hombre lucha con la naturaleza y su victoria, le hace mas orgulloso y mas indómito ; la muger, por el contrario cuando triunfa de nosotros es solo por atraernos á su seno de amor.

Efectivamente existe una division tan marcada en las atribuciones que pertenecen al hombre respecto de las que tocan á la muger, que no puede desconocerla el mas topo. Sin embargo, hombres ha habido que en su afán de trastornarlo todo ó no sabiendo esplicarse por otros medios la prostracion de la muger, la han llamado á la participacion por igual de los destinos de las sociedades. Asi han abierto un gérmen de trastorno eterno que cumple al moralista y al filósofo cerrar. Los que lamentan la suerte de la muger por hallarla privada de competir con el hombre en esos grandes paleos en donde á trueque del sosiego y de la paz interior se juega la ambicion, el oro ó las distinciones del mundo, no saben que hablar así á esa bella mitad del género humano es echar el último gérmen de cizaña y trastorno en la sociedad, quemar tal vez la única tabla que nos queda para salvarnos del eminente naufragio que corremos. Si ; preciso es decirlo : los que estudien los vicios que devoran actualmente á los pueblos, el continuado movimiento que los marea, el perenne desasosiego y ansiedad en que todos vivimos, no podrán menos de conocer que estamos abocados á uno de esos grandes cataclismos sociales que acaban con la vida de los mas fuertes imperios. Pero los que conozcan la historia de la antigüedad sabrán tambien que cuando en otras épocas han llegado las sociedades al estado que describimos ha habido siempre algun elemento que haya venido á animarlas y vivificarlas ; y que todas esas apariciones de dioses y profetas, todas esas transmigraciones de unos pueblos en otros no han sido mas que otros tantos me-

dios de que la providencia se ha servido para inocular el virus de una nueva vida en las sociedades que iban á morir. Consultad, pues, ahora, la situacion de todos los pueblos conocidos, el estado de las conciencias, el abandono en que el mundo tiene á la divinidad, la relajacion moral que cunde por todos lados, el aire de desencanto que baña todos los corazones ; consultad todo esto y decidme luego si creéis posible en la actualidad la aparicion de ninguno de esos seres providenciales que medio velados de misterio han tomado la mitad de su fuerza de la conciencia íntima de su predestinacion, y la otra mitad de las circunstancias y el estado moral de los pueblos, y han revelado y llevado á cabo la obra que presentan ya todos los corazones. Decidme de dónde ha de salir ahora un nuevo Cristo salvador y redentor? Consultad la fuerza y la hallareis combatida por la astucia, la ciencia y la hallareis dividida, la religion y la hallareis desprestigiada. En ninguna parte, ni dentro ni fuera de la sociedad, podreis encontrar un principio salvador. Ni la espada de Ati-la, ni la cruz de Cristo puede ser un nuevo símbolo de redencion. La séptima época del apocalipsis está ya tocando á su término.

Pero no : aun hay una mies que no ha dado su fruto, aun hay un Dios cuyos altares no han sido profanados, aun está la muger que como providencialmente hemos dejado abstraída del contacto letal del mundo para que se mantuviese pura y sin mancha y pudiese ser la levadura de una nueva generacion. Si, vosotros los que hablais de la emancipacion de la muger no sabeis que esa sola palabra puede cortar el único eslabon que nos sostiene en la cadena de los tiempos, que detrás de la profanacion de la muger está el abismo. Vosotros los que quereis asimilar la muger al hombre, los que quereis llenar su corazon de sus pasiones y abrumar su imaginacion con mil ensueños de hierro y oro, no sabeis que si desnaturalizais los únicos seres en que se hallan algunos rastros de la vida primitiva nos vamos á encontrar perdidos en el mundo, sin nada que nos ate á lo pasado, sin nada que nos encamine en el porvenir.

Bendigamos pues al cielo porque ya que no ha ilustrado lo bastante al hombre para hacer de sus compañeras en la tierra las fuentes de donde brotasen las virtudes domésticas, tipo y molde de las sociales, ha dejado á la muger en esa sencillez primitiva que la coloca todavia en una posicion desde la cual puede traer á nuestros corazones, enfermos por la gangrena de la indiferencia y del ateismo, el bálsamo de una nueva vida de purificacion y de gloria.

Tal es la mision que está reservada á la muger. No faltaron algunos que la crean superior á sus fuerzas, porque ignoran que la muger, en medio de lo delicado de su organizacion está dotada de una fuerza moral inmensa, y que guiada y mantenida por el amor, no habrá peligro que la asuste ni sacrificio que la detenga.

Reasumiendo : la muger ha sido esclava en las sociedades antiguas : el cristianismo la redimió, pero el mundo la dejó todavia olvidada en un rincon del hogar doméstico : de allí ha llegado la hora que salga para tocar la frente del hombre con una luz de

lo alto que venga á poner término á las vacilaciones y delirios de la ambicion humana y de la inteligencia. Esta será la materia de nuestro próximo artículo.

RAMON DE SATORRES.

NOVELAS.

SECRETOS DE FAMILIA.

CAPITULO PRIMERO.

Donde se vé que no solo en Toledo se pasan noches toledanas.

Al oscurecer de una fresca y húmeda tarde del otoño de 1844, seguian dos hombres á todo el andar de sus escuálidas cabalgaduras de alquiler el camino que conduce a Tudela y Pamplona, desde el sitio llamado el Bocal, en que termina el canal imperial de Aragon por aquella parte. Hubiérase creido segun la hora avanzada y el continuo aguijonear á los caballos, que aquellos viajeros fatigados con la jornada y ansiando librarse del menudo y helado rocío en que las nieblas los envolvian, asi como del viento que soplabá con violencia, anhelaban llegar á la ciudad de Tudela, cuyos edificios comenzaban á señalarse con claridad, para terminar su viaje ó detenerse al menos algunas horas á descansar; mas lejos de esto, no tardaron nuestros caminantes en distinguirse al otro lado de la poblacion, marchando al mismo paso precipitado, atravesando luego el hermoso puente de piedra de diez y siete arcos que facilita el paso del Ebro, y siguiendo puntualmente la linea trazada por el camino real.

Ningun efecto parecia hacer en los viajeros la calma solemne de la naturaleza, el aspecto pintoresco que ofrecian los solitarios y silenciosos campos de Navarra, la pureza del aire que se respiraba impregnado de olores silvestres, las flores de que se hallaba sembrada la vasta pradera que pisaban, rodeada de montañas que parecian aislarla del resto del mundo, ni los últimos rayos, en fin, de sol que doraban aquella cadena de montes y prolongaban las sombras de los objetos esparcidos por la llanura, la cual se iba cubriendo lentamente como de un negro velo. Su atencion parecia hallarse reconcentrada, ocupándose únicamente en calcular el camino que se descubria delante de ellos, y en los medios de avanzar lo mas posible, bien que no lo consiguieran tanto que la noche no se les echara encima á muy poco rato.

Aprovecharemos un momento en que la luna, hasta entonces oculta, acababa de salir á un espacio despejado, para dirigir á favor de sus fugitivos rayos una rápida ojeada á los dos caminantes.

El primero de ellos que era el que mas impaciente parecia, vestia un elegante traje de camino que señalaba perfectamente las bellas formas de su cuerpo y marcaba la soltura de sus movimientos; al que hizo quitándose el sombrero de castor que sujetaba sus negras melenas, para acariciarlas con la mano, pudo distinguirse la espresiva fisonomia de un jóven que rayaria á lo sumo en 24 años, notable por la armo-

nia de sus facciones, que alumbradas por los reflejos de la luna se asemejaban á las de uno de esos nobles retratos de Murillo, que contemplamos con admiracion. Tal vez podria tacharse su semblante de poco varonil, á causa de su frescura y delicadeza, sino sombreára su labio superior un leve y gracioso vigote.

El otro caminante, á la primera inspeccion de su figura, habria sido tenido por criado del primero, aunque la respetuosa distancia que guardaba y la circunstancia de conducir en su caballo la maleta, no hubieran dado á conocer claramente, que pertenecía á esa clase desgraciada, que lleva á su boca el mas amargo pan que es el ganado con la servidumbre.

Silenciosos y ensimismados continuaban amo y criado hacia ya mas de una hora, cuando llegaron á una posada de no mala traza comparativamente con otras del pais, que brindaba con descanso á los viandantes. Picó el criado á su rocinante y no sin trabajo logró adelantarse casi á la misma linea que su señor.

—¿Continúa V. señorito, le dijo, sin entrar en este meson? Mire V. que debe estar ya rendido de fatiga, y que nuestros caballos tampoco pueden caminar mucho mas.

—Estoy resuelto á llegar esta noche; sino pueden seguir los caballos andaré á pié.

—Sin duda no tiene V. presente que es muy mal camino, replicó el criado.

—En cuanto á ti, Pedro, continuó aquel sin darse por entendido de esta última observacion, si estás cansado puedes quedarte aqui, yo me iré solo.

—No lo decia por mi que estoy acostumbrado á mas duras fatigas, sino por V. que trae un viaje tan precipitado, sin detenerse apenas un momento desde que salimos de Madrid.

Tampoco esta observacion pareció haber llegado á oídos del primer caminante, pero el sirviente continuó inalterable:

—Antójaseme, señorito, que no está V. de tan buen humor como acostumbra y por mi vida que extraño esta tristeza, cuando vá V. á ver personas que tanto le estiman.

—¿Qué quieres decir con eso? repuso bruscamente el primer ginete.

—Quiero decir que me dan que pensar las cavilaciones de V. y este viaje repentino que traemos de Madrid á Zaragoza, y de Zaragoza aquí, sin pararnos para reposar ni apenas para comer.

—¿No te dije que si estabas cansado te quedarás?

—Ya sabe V. que no acostumbro abandonarle: además que yo no lo siento por mí, sino por mi buen amo que parece tener alguna pena que le estorba advertir lo que llevamos andado, contestó nuevamente el criado con todo el interés y la atención de una persona que manifiesta más cariño que un amigo y no mucho menos que un pariente cercano.

Sumerjóse nuevamente el joven al parecer en sus cavilaciones y prosiguieron silenciosos buen trecho, hasta que el sirviente volvió á adelantarse y señalando con la mano una estrecha vereda, dijo dirigiéndose á su señor.

—Mire V. que pasamos la senda que se debe seguir despues de dejar el camino.

—Tienes razon, Pedro, contestó aquel, mi distraccion me hace olvidar estos sitios que tantas veces he recorrido de la misma manera que ahora.

Diciendo esto tiró de las riendas de su caballo que relinchó con inquietud, resonando este ruido en el bosque de un modo inusitado, y se internó, siguiendo siempre de su criado, por el sendero indicado que conducia á una tranquila y pintoresca villa, poco conocida por hallarse á bastante distancia de los caminos públicos, y cuyo nombre no apuntaremos ahora por hacer poco al propósito de la historia que vamos relatando. La oscuridad que reinaba hacia que nuestros viajeros, á pesar de que era fácil de notar que conocian bien el camino, tuvieran que dar rodeos, luchar con los enlazados ramajes que obstruian el paso y procurar sondear con la vista la espesura, bien que sin poder distinguir mas que negras sombras. Un viento glacial sacudia violentamente las elevadas copas de los árboles mas centenarios, produciendo un ruido monótono que aumentaba la tristeza del desierto valle, solo á ratos brillaba la luna, las nubes se agrupaban en torno del astro, extendiendo sobre la tierra un fúnebre crespon, no se oia mas que el ruido acompasado que producian las pisadas de los caballos, repetidas de loma en loma, y una influencia sobrenatural parecia conducir á aquellos dos seres á regiones misteriosas, desconocidas y extraordinarias, mas bien que al centro de una sociedad viviente y animada; hasta tal punto dan vuelo á nuestra fantasia la soledad y la noche.

Algunas horas hacia que caminaban con la misma presteza, cuando llegaron á una eminencia; los ojos del que iba delante brillaron de alegría, haciendo vanos esfuerzos para penetrar la densa oscuridad que reinaba y reconocer el pais.

—Ya estamos cercanos al fin de nuestro viaje, exclamó con regocijo en voz alta, dirigiéndose á su acompañante, ¡cuántos momentos de felicidad he pasado en estos sitios! añadió.

El brillo de las luces que confusamente resplandecian á lo lejos, indicaron la intermediacion del pueblo á que sin duda se encaminaban aquellos dos hombres: la impaciencia los hizo apresurar el paso y penetraron en fin en la primera calle de la poblacion, cuando la ronca campana del reloj de la iglesia daba las doce.

—¡Dios mio! exclamó el mas joven de los dos viajeros, ¿qué pasa en su casa? ¿ves, Pedro, qué claridad tan extraordinaria despiden las ventanas?

—Asi es en efecto, señor, y aun creo distinguir como sombras que atraviesan por ellas velozmente.

—Me parece que se oye música.

—Si señor, eso al menos indica que esa claridad no es señal de ninguna desgracia, sino prueba evidente de que tienen ganas de divertirse.

—Calla, Pedro, calla, y corre á llamar á la puerta que creo está cerrada.

El criado se apeó con ligereza y comenzó á llamar fuertemente, pero nadie respondia: los golpes de la aldaba cuyo prolongado sonido amortiguaban los ecos de la música y un ruido sordo que dentro del edificio se sentia, perdianse en la soledad de las calles de la poblacion. Parecia aquella una casa encantada.

Por fin, consiguieron hacerse oír y abrieron; nuestro joven echó pié á tierra, se precipitó en el portal y subió cuatro á cuatro los escalones, sin curarse de las voces de algunos criados y de varias otras personas que exclamaban como admiradas; «¡D. Rafael! ¡calla, ha venido D. Rafael» y corrió á echarse en los brazos de un anciano de cabellos canos que habia salido al oír las voces de aquellas gentes.

Gozosa exclamacion dejó escapar al abrazar al recién llegado; pasada la primera efusion de cariño le introdujo en la sala en que estaban bailando y le condujo por medio de los concurrentes al sitio en que se hallaban Doña Inés su esposa y su hija María, hermosa joven de gentil figura. Renováronse allí las demostraciones de afecto, pues era la vez primera que aquellas personas se juntaban despues de cuatro años. Una vista perspicaz y práctica en distinguir la verdad de la afectacion, no hubiera dejado de notar sin embargo, que en las felicitaciones de Doña Inés y en su regocijo habia algo de finjimiento, así como, que la joven cuya palidez era estremada se hallaba dominada de una violenta agitacion interior.

Sucedieron las preguntas que cada uno por su parte hacia, aglomeráronse las contestaciones y llegó á reducirse la conversacion á varios diálogos enmarañados, y solo inteligibles para las personas que en ellos tomaban parte.

Largo rato duró aquella escena de familia tierna é interesante y aun llevaba trazas de prolongarse, si D. Andrés el gefe de ella, no se hubiera acordado de que el viajero habria menester de descanso, y le obligara á cortar la plática, guiándole maquinalmente á la habitacion que en otras ocasiones habia ocupado en aquella casa, no obstante la resistencia que esta insignificante circunstancia encontró en María y hasta en Doña Inés, dando ocasion á que el padre de aquella demostrara su genio violento, empeñándose en ello por lo mismo que habia encontrado oposicion. Nuestro joven medió para que se tranquilizaran todos y se recogió.

Este es sin duda el momento oportuno de dar idea exacta de las personas que hemos hecho aparecer á la vista de nuestros lectores.

Llamábase el joven con quien trabajamos conocimiento en el camino de Tudela, Rafael de Mendia, y á la suerte de nacer hijo único de una rica familia de Navarra, reunió la de que su parientes habian sido suficientemente ilustrados para conocer que el procurar instruirse y seguir una carrera literaria, no incapacitaba absolutamente para poseer un mayorazgo. Así era que desde sus primeros años habia emprendido y continuado en Zaragoza el estudio de la juris-

prudencia, que cuatro hacia habia terminado con todo lucimiento.

Una antigua amistad unia íntimamente á los padres de Rafael con el anciano D. Andrés á quien ya conocemos, antiguo militar y rico propietario en el país, las relaciones íntimas que mediaban entre las dos casas, situadas en el mismo pueblo y á corta distancia, habrían proporcionado ocasion á Maria, la hija de aquel, y á Rafael para que el trato continuo despertara en sus corazones una aficion que secundaba perfectamente las miras de la familia de este y del padre de Maria, la cual huérfana de madre desde su nacimiento, se habia acostumbrado á suplir la falta de ella con la familia de Rafael que anhelaba siempre complacerla y disculparla de las acusaciones y castigos de D. Andrés, cuyo genio fuerte salia á veces vencedor en la lucha que sostenia con el cariño natural.

A medida que crecian en años los dos jóvenes viendo casi siempre juntos y confundíendose recíproca é insensiblemente sus pensamientos, aumentaba su cariño. Maria era todavia niña y sin embargo cuando todas las de su edad corrian y jugueteaban locas de contento, ella no jugaba ni corria, sus miradas no espresaban ni la indiferencia ni la alegría de la infancia, su rostro era un espejo de dulzura y sensibilidad, su voz que iba derechamente al alma, se asemejaba a la brisa de la mañana que penetra al través del follaje y refresca y purifica el corazón, las emociones que ambicionaba eran puras y cándidas como ella; el silencio de la noche, el canto de los pájaros, el sonido de un instrumento, tenian para ella un encanto indefinible. Cumplió 16 años, la edad de los deseos, de las fiestas, de los bailes, de la coqueteria y... nada ambicionó, ni se hallaba poseida de orgullo, no obstante que por donde quiera oía repetir que era bella; en efecto, su estatura era regular, su cuerpo esbelto, su andar gracioso, su fisonomía dulce y caudorosa, sus facciones proporcionadas y sus rasgados ojos negros tenian una mirada incierta y distraida, pero llena de encanto. Maria se hallaba generalmente poseida de una tristeza indefinible, se parecia muy poco en sus gustos y en sus deseos á la generalidad de las mugeres. Rafael gozaba renovando los recuerdos de sus primeros años, satisfaciendo los gustos mas insignificantes de Maria, soñando en encargarse de su felicidad, en prepararla un placer para cada hora de su vida, en allanar las asperezas del camino que habia de atravesar, en no dejar posar sus pies sino sobre espuma, ó sobre suntuosos tapices de Turquía, en llenar de música y perfumes la atmósfera que la rodeara, en hacer que sus ojos no se fijaran mas que sobre flores, telas y pedrería, en reunir, en fin, en torno suyo, todo lo mas rico y hermoso que la naturaleza y el arte han esparcido por la tierra. Rafael tenia la imaginacion de un poeta y el corazón de un niño. Su ambicion estaba entonces reducida á ser el ángel protector de Maria, á que toda la felicidad de que pudiera disfrutar proviniera de él, á prepararla en suma la vida de modo que no la ofreciera mas que triunfos y alegría.

Rafael tenia entonces 20 años, la edad de las pasiones irreflexivas y romancescas, pero al mismo tiempo verdaderas y puras.

Maria por su parte amaba con pasión, y muchas veces le decia, «tú eres el apoyo y la guía de una pobre joven sin madre y sin experiencia para su-

plirla; yo pediré á Dios que bendiga nuestra union, y entonces dándose ambos las manos solian complacerse en repetir sus juramentos de amor.

Asi habian corrido algunos años; Rafael no se asentaba del pueblo en que vivia Maria mas que para ir á Zaragoza en los meses que duraba el curso, regresando ansioso de volverla á ver.

Pero hay en las familias ciertas épocas en que se aglomeran sucesos trascendentales que vienen á causar un trastorno total y á hacer una revolucion completa; las de que nos ocupamos iban á pasar por uno de estos periodos.

Apenas Rafael habia concluido la carrera con brillantez, cuando repentinamente tuvo el sentimiento de ver fallecer á su padre; por otra parte el de Maria inesperadamente y bajo pretextos frívolos, que pudieran disculparle á los ojos de los amigos que veian con disgusto esta determinacion, reemplazó la madre de Maria con una muger de baja condicion y carácter adusto.

La pobre huérfana vió con profundo sentimiento ocupado el lugar de una madre cariñosa, por una persona de escasos merecimientos y que fué recibida en aquella familia con disgusto general. Rafael entre tanto queriendo distraer la afliccion de su madre, conoció la necesidad de salir de aquella poblacion tan llena de esos recuerdos que matan á las almas sensibles, y se fijó en la capital del Reino para su residencia temporal, teniendo en cuenta que allí podria tambien satisfacer la noble ambicion que abrigaba de darse á conocer y distinguirse, ya en el foro ó en la prensa, ganando las simpatías y la consideracion de las personas ilustradas, y conquistando una posicion que ambicionaba para aparecer con ella ante la muger á quien queria. Dolorosa fué la separacion, al fin partieron Rafael y su madre, dejando inconsolable á la graciosa Maria.

Escasos y tardíos eran los correos para quienes constantemente hubieran querido escuchar esas palabras que aunque frívolas en su esencia encierran tanta dulzura y poesia. Tal pasaron cerca de cuatro años; Rafael, que entró en Madrid considerándole como un lugar de destierro, sin atractivo ninguno á sus ojos, y que recordaba sin cesar parages mas gratos, memorias tristes para él, se dedicó exclusivamente al trabajo, y logró empezar á brillar como su talento merecia; de este modo iba haciéndosele tolerable la ausencia. Pero pasaron algunos correos sin recibir carta de Maria y aunque volvió á andarse la interrumpida correspondencia, Rafael creyó advertir alguna variacion en el estilo de las cartas, cesaron las quejas cariñosas, las dulces confianzas, y una reserva ó indiferencia mal oculta reemplazó á las espresivas epístolas anteriores, reduciéndose las sucesivas á vanas fórmulas y meros cumplimientos: no era este sin embargo el último tormento que Rafael debia sufrir; las cartas cesaron definitivamente y pasaron muchos meses sin que viera letra de Maria.

El infierno parecia haberse conjurado contra Rafael; trató de averiguar si habia alguna causa legitima que abonara este silencio, pero las cartas de D. Andrés repetian sin cesar que no ocurría novedad. Rafael conocia que esta debia tener un motivo poderoso en sumo grado para conducirse asi y

no podia pasar mas tiempo sin saber cuál era. Para ello se hacia preciso dar publicidad al asunto, faltando asi á su decoro y al de la muger á quien tanto amaba, esponiéndose además á que una noticia equivocada ó una frase dicha con ligereza produjeran un rompimiento, ó necesitaba ir él mismo á aprender las causas de aquel silencio. Decidióse, pues, por esto último, y sin hacer caso de las reflexiones de su madre, ni poderse ya contener, acompañado de su fiel y antiguo criado Pedro, que le habia visto nacer y que le era afecto hasta un extremo casi fabuloso en nuestros dias, partió en el correo á Zaragoza, tomó allí caballos sin detenerse y emprendió

el viaje en que le hemos seguido hasta su llegada.

El placer de ver á María y de hallarse en sitios que tan buenos recuerdos tenian para él, disiparon sus inquietudes y le volvieron su buen humor; así es que aunque cansado despues de un viaje tan violento, pudo mas el gozo de que se hallaba poseido por encontrarse bajo el mismo techo que la persona á quien amaba desde sus primeros años, que el sueño que naturalmente debia tener, pero que no podia conciliar. Poco hacia que se habia acostado cuando resonaron confusamente á la parte exterior de la casa tres palmadas repetidas otras tantas ve-



ces sin que nuestro joven fijara en ellas la atencion, despues se sintió que escalaban una de las ventanas de la sala precedente al gabinete en que se hallaba el dormitorio de Rafael, y por último penetró por el postigo de una de ellas que se abrió

dulcemente, la escasísima claridad producida por los rayos de la luna que pugnaban por desenvolverse de las espesas nubes que la rodeaban: á favor de ellos hubiera sido fácil distinguir, á estar en la misma sala, un bulto que se introdujo y se perdió den-

tro de ella, pero Rafael solo salió de su distraccion, bajando de los espacios imaginarios por donde se solazaba su pensamiento mirando el porvenir de color de rosa, cuando sintió pisadas sumamente lentas y suaves que iban acercándose cada vez mas.

Rafael escuchó.

Los pasos sonaban ya cercanos al gabinete en que estaba la alcoba de Rafael y en el cual habian colocado á Pedro, cediendo á su mania de no querer abandonar á su señorito.

Este dirigió maquinalmente la vista hácia el punto en que debía estar la puerta de comunicacion con la sala... ¡Pero cuál fué su asombro cuando creyó distinguir en medio de la oscuridad un pequeño círculo luminoso dentro del cual se veian marcadas las facciones de un rostro humano, mezcladas con varias figuras caprichosas y misteriosas iniciales, trazado todo con rasgos y caracteres de fuego que oscilaban como la débil llama de una luz moribunda y que se adelantaban á la altura por lo menos de siete pies, y siempre al mismo paso!

Rafael se levantó súbitamente y se acercó á donde estaba su criado.

—¿Duermes, Pedro? le preguntó en voz baja.

—No señor.

—¿Sientes ruido?

—Sí señor, ya hace tiempo que le estoy oyendo... ¡Pero Dios mio, añadió saltando de la cama, y agarrándose á Rafael; qué es aquello que se ve allí!

—¡Calla, calla! le dijo Rafael con voz no muy firme, pues él mismo no podia evitar cierto movimiento de terror, al ver la débil sombra de aquella figura que se proyectaba colosal sobre la pared.

En este momento una columna de viento azotó con impetu el postigo recién abierto contra su cerco; Rafael gritó:

—¿Quién anda ahí?

Los dibujos caprichosos y los caracteres de fuego desaparecieron y un estrépito terrible se hizo sentir, pero la pregunta no produjo efecto, aunque Rafael sintió que daban vueltas á la sala de puntillas y apresuradamente como buscando salida.

En un minuto pasaron por su cabeza simultáneamente cinco ó seis leyendas de fantasmas y ladrones, de ocho volúmenes cada una, con todos sus detalles y pormenores. Hay momentos en que la imaginacion vuela con una prontitud increíble. Pe-

dro empezó á dar voces; á Rafael se le ocurrió tomar las pistolas que habia traído por el camino y que se echó á buscar en vano apresuradamente.

Por fin las encontró, volvió á preguntar quién andaba allí, sin obtener tampoco contestacion, y disparó hácia el punto en que acababa de sentir pisadas. Al resplandor del tiro creyó ver una figura gigantesca cubierta de blanco.

Un grito agudo, grito de muger resonó en la parte interior de la casa, casi simultáneamente con el estallido del pistoletazo, y muchas voces que repetian desordenadamente la palabra ¡ladrones! se dejaron oír posteriormente, mientras Rafael y Pedro trataban á tientas de encontrar la puerta; por fin los resplandores de varias luces permitieron ver que estaba abierta y que en su dintel habia una muger tendida, en la cual no tardó en reconocerse á Maria desmayada ó tal vez muerta. La sangre que circulaba por las venas de Rafael parecia haberse aglomerado toda entera en su cabeza, y se quedó inmóvil y mudo como si le hubiera tocado la varilla mágica de una hada. Pedro habia caído á su lado, y pudiera creérsele muerto si el movimiento convulsivo de sus manos no indicara que sobrevivía aun al susto. El padre de Maria, el primero que habia acudido al sonido del disparo, la levantó y sostuvo en sus brazos mientras llegaban los demás de la casa, agolpados y llenos de inquietud por lo que acababan de oír.

Rejistráronse minuciosamente las habitaciones, las ventanas se veian cerradas por dentro y todo estaba en ellas en orden; únicamente habia un sillón derribado y varias pisadas marcadas con lodo en el suelo. Despues se reconoció escrupulosamente toda la casa sin encontrar tampoco á nadie, y hallando las puertas de salida perfectamente cerradas. Muchas fueron las preguntas que se hicieron á los criados, pero sin que proporcionaran noticia alguna sobre el suceso.

Rafael procuró no darle importancia y cuidó tan solo de que se prodigarán á Maria todos los cuidados que requeria su estado critico, pero formó firme propósito de no parar hasta descifrar todos los misterios de aquella noche, que Pedro llamaba toledana.

(Continuará.)

ANGEL FERNANDEZ DE LOS RIOS.

EL CABALLERO SIN NOMBRE.

CAPITULO VII.

La tabla de salvacion.

El asombro y la conncion del anciano Ramiro, cuando vió súbitamente á sus pies á la muger querida, á la muger infiel á la memoria de su esposo, á la madre de su hijo, hubieran hecho desfallecer un corazon menos acostumbrado que el suyo á mas profundas impresiones, á una fantasia menos familiarizada con las mas espantosas imágenes.

No pudo sin embargo escusarse de pagar un tributo á lo maravilloso de aquella aparicion, á la pureza y ternura de sus recuerdos de ayer. De *ayer*, si; que nunca con mas propiedad puede aplicarse á lo pasado esta palabra que cuando despues de quince años de soledad profunda, de tinieblas, de perpetuo silencio, como salida de las entrañas de la tierra brota-

ba aquella muger hermosa en cuyo semblante solia ver el conde Ramiro, el cielo, el deleite de sus ojos, el regalo de su oído.

Cortos instantes fueron estos en que su corazón batía las alas con placer, como un pajarillo al arribo de su madre: cortos instantes en que de las cuencas de sus ojos resbalaron algunas lágrimas de ternura; cortos, porque una sombra pasó subitamente por su rostro y ya no vió delante de sí mas que á la muger culpable, á la muger de su hermano, y frunciendo las cejas y lanzando una mirada despreciativa la dijo con seco y presuroso acento:

—Apártate de mí!

—Mátame, exclamó la desventurada Elvira: márame; pero no me maldigas.

—¡Matarte...! ¿Para qué, si has muerto ya para mi corazón? repuso el anciano con amargo desden.

—Pero tu maldicion.... Ramiro suspende la maldicion que ibas á pronunciar contra la infeliz Elvira.

—Bien está: mi maldicion nada puede añadir á la que el cielo ha fulminado, y los remordimientos deben darte una muerte mas cruel que la que recibirias por mi mano.

—Perdon! se atrevió á decir la condesa; ¡perdon!

—Eso jamás.

Elvira de Monforte alzó entonces la frente abatida que parecia doblada para siempre al peso de tanto rigor. Tenia en aquel recinto otra persona en quien fijar sus miradas: un gallardo mancebo cuyo pecho anhelante, cuyos ojos arrasados de lágrimas estaban revelando la ternura y generosidad de su corazón: un hijo que nunca habia abrazado á su madre y que con una angustia indecible contemplaba aquel cuadro tan extraño, tan inesperado, y sobre todo tan patético.

—¡Hijo mio! ¡hijo de mis entrañas! y tú serás tan severo como tu padre...?

Irresistible es el acento con que una muger pronuncia estas palabras *¡hijo mio!* No hay corazón tan empedernido que no se ablande al escucharlas; pero cuando se escuchan por primera vez de los labios de una madre ¿quién es capaz de permanecer indiferente?

—Nunca, madre mía, nunca sereis culpable para mí, exclamó Rodrigo con la voz sofocada por los sollozos, abriendo los brazos y estrechando en ellos al único ser que habia despertado en su corazón vagos, indefinidos contradictorios sentimientos, que ahora comprendia.

Sintióse mas fuerte la condesa con aquel triunfo: animosa con el amor de su hijo, creyó que podia insistir en implorar el perdon de su marido, y sin desprenderse de los brazos del mancebo, tornóse á postar delante del anciano que hacia visibles esfuerzos por disimular la profunda impresion que le causaba aquel tierno espectáculo.

—Perdon, Ramiro, perdóname: soy mas estraviada que culpable.

—¿Y qué títulos tienes tú para alcanzar mi perdon? preguntó el anciano.

—Soy madre.

—Madre que por primera vez acaba de abrazar á su hijo mozo.

—Vengo á morir con él.

—¡A morir! exclamó el cautivo con terror: no; ni á morir bienes, ni á salvarnos; porque... vamos á salir muy presto del calabozo ¿no es verdad, hijo mio?

Tomo III.—NOVIEMBRE DE 1847

porque... vamos á vernos en salvo por un monarca!

Y el anciano que ya principiaba á recelarse del piadoso engaño de su hijo, miraba á este como si en sus ojos quisiese encontrar una respuesta que desvaneciese sus sospechas.

Los ojos de Rodrigo tristemente clavados en el suelo le descubrieron la verdad.

—¡Ah! exclamó el anciano: ¡con que tú tambien...!

Pues bien, señora, añadió despues de un momento de silencio doloroso: para morir bastamos nosotros. Los verdugos nunca mueren á la par de sus victimas: mueren mas tarde para que los espectros les acompañen en aquel trance.

El joven caballero apenas podia concebir tanta dureza en el corazón humano, y suplicó á su padre que al menos oyese la historia y las disculpas de Doña Elvira antes de condenarla.

—No quiero alegar disculpas, dijo esta, quiero solo que me escuchéis, para poder salvaros.

El anciano seguia callado, y la condesa interpretando este silencio por una aquiescencia, ó mas bien tratando de aprovechar aquellos momentos preciosos para hacer importantes revelaciones, prosiguió con semejantes razones.

—Hace muy pocos dias que apercibiéndose Ataulfo para la defensa de esta fortaleza hizo en ella algunas obras enderezadas á su mayor seguridad. Echó abajo algunos muros, levantó otros y en cierto agujero de uno de ellos, se encontró este pergamino escrito por una mano trémula y en caracteres casi ininteligibles. Como en el castillo nadie apenas sabe leer escepto el capellan, y ese tan solo en su brevulario que tiene la letra muy clara, anduvo rodando el escrito por la casa hasta que yo puse en él los ojos, y picada de curiosidad, ó movida mas bien por sobrehumano impulso, tomé en mis manos el pergamino y comencé á descifrarle aunque con mucha dificultad.

A las pocas palabras que pude coger al vuelo conocí la importancia de aquel escrito; pero hasta hoy no he podido comprender enteramente su sentido. Es una declaracion que pocos dias antes de su muerte hizo Constanza, la muger de Ataulfo.

—¡Estaba casado...! Bien te lo decia yo, exclamó el anciano dirigiéndose á Rodrigo.

—¿Esa Constanza murió hace tres años? preguntó este.

—Justamente.

—¿Antes de conoceros yo en Monforte?

—Sí, antes de haber sido yo bastante débil para olvidar á tu padre á quien creia muerto.

—Te has casado con Ataulfo, preguntó el anciano.

—Sí.

—¿Cuánto tiempo há?

—Un año.

—Y hasta entonces....

Hasta entonces he sido constante, fiel á tu memoria.

—¡Oh! tienes razon, Elvira, dijo el conde: eres mas desgraciada que culpable.

Y como si se arrepintiese de la debilidad de sus palabras añadió secamente.

—El pergamino.

—No podrás leerlo.

El conde hizo un gesto desdenoso y tomando el manuscrito contestó:

—En quince años de encierro se adquiere alguna perspicacia para ver las cosas, y se aprende mucho que se ignoraba antes.

Y echando la vista por el pergamino, comenzó á leer de seguida.

CONFESION DE CONSTANZA.

«Abandonada en el lecho de muerte, y privada de los auxilios espirituales de mi capellan, á quien mi marido ha mandado fuera del castillo, quiero hacer delante de Dios confesion de mis pecados, y decir en este papel lo que al sacerdote hubiera dicho.»

«Al paso que libro mi alma de una horrible carga, mis palabras quizá serán recogidas por personas que reparen la mayor de las injusticias de que he sido cómplice.»

«Me casé con Ataulfo sin amarle, y él sin amor me dió su mano: le rehusé cuando pobre, y lo admití cuando de resultas de la muerte de su hermano Rámiro, acaecida en tierras de moros al ir á buscar á un hijo que se llevaron cautivo; mi pretendiente se hizo llamar conde y fué inmensamente rico y poderoso. El tampoco me quiso á mí sino por mi poder y mis riquezas.»

«Habiendo llegado á sospechar del sombrío rostro de Ataulfo, de su afectado retraimiento, de la soledad en que á veces se sepultaba, y hasta de los viveres que hacinaba so pretexto de estar apercebido para un asedio, y en un paraje donde nadie podía penetrar, me propuse espiar sus menores acciones, á lo que ayudaba también el deseo de disipar el fastidio que en este alcázar me consumía.»

«Una noche le seguí: creyendo á todos dormidos habia tomado muy pocas precauciones: descendia con algunos panes en la mano por una escalera secreta, abriendo puertas sin cesar y bajando mucho mas hondamente de lo que yo calculaba que estuviese la entrada del castillo. Llegó á un aposento abovedado: levantó una compuerta de hierro que estaba en el suelo, y por una ventana que descubrió tiró los panes.»

«Al ruido hubo de despertarse una persona que estaba debajo de aquel pavimento, porque al ir á bajar la compuerta resonó una voz cavernosa.»

—«No me des pan, decía el que moraba en el fondo, dame alguna noticia de mi muger y de mi hijo.»

—«Nada sé, respondió Ataulfo secamente.»

—«Dime tan solo si viven.»

—«¿Qué te importa?»

—«Te perdonaré, te volveré á llamar hermano mio, gritaba el de abajo.»

«Entonces Ataulfo cerró súbitamente la trampa, como temeroso de ceder á los ruegos de aquella voz que tenia un eco de la suya; pero como si aquella plancha de hierro interpuesta entre los dos hermanos le hubiese restituido todo su valor y toda su crueldad, aplicando los labios á la cerradura añadió:»

—«La amaba y me robaste su corazon: la amo y nunca será tarde para que sea mia.»

«Ignoro si el prisionero percibió estas palabras; pero, aunque así no fuese, las palabras no fueron perdidas, y errando el blanco vinieron á clavarse en mi corazon.»

«No tuve valor sin embargo para vengarme noblemente: la afrenta que sobre nosotros iba á caer, la venganza inevitable de aquella victima que debia

salir del calabozo con el corazon lleno de ponzoña y sobre todo, lo confieso con rubor, la pérdida consiguiente de la mayor parte de mis riquezas, me impidieron denunciar el crimen. No pude tampoco disimular el descubrimiento á los ojos del conde, y este me hizo su cómplice. Me vengué con mi odio; me vengué vigilando continuamente para cerrarle la puerta siempre que quisiese apartarse del camino del crimen.»

«Viéndome Ataulfo mas mala, mas desapiadada que él, me honró con toda su confianza: me contó la historia de la desaparicion del niño, hijo de su hermano, el cual no fué robado por los moros, sino por cristianos de la confianza de Ataulfo, que lo habia hecho pasar de mano en mano, hasta que una muger lo adoptó por hijo, sin saber, ni poder figurarse remotamente cuyo fuese.»

«Pero los remordimientos me van consumiendo lentamente: la atmósfera del crimen está emponzoñada, y yo conozco que la vida me va faltando por momentos, desde que he perdido la tranquilidad de la conciencia.»

«Ahora no quisiera haber sido tan débil, ahora me pesa del apego que he tenido á unas riquezas de que ni aun he disfrutado, á un poder y elevacion que no me han dado un átomo de felicidad.»

«Conozco que no me basta escribir esta relacion; por eso he descendido secretamente y por primera vez al subterráneo y en una tabla que puede ser facilmente encontrada por el cautivo le he manifestado un medio tan sencillo como seguro de huir de la prision.»

«Estoy resuelta también á llamar al hijo del infortunado conde de Moscoso, y á revelarle la existencia de su padre. ¡Dios mio, dadme valor para este paso, y haced que triunfen la justicia y la inocencia sin que nadie mas que vos se encargue de la venganza!»

—«Esa tabla, padre mio, dónde está? preguntó Rodrigo con ansiedad.»

—«Constanza no sabia tal vez que yo estaba amarrado con una cadena, y que á penas podia dar algunos pasos en torno de este poste.»

—«Aquí estará pues, dijo Elvira, corramos á buscarla.»

—«¡Trabajo perdido! exclamó el anciano; ¡cuántas veces habra venido Ataulfo por el mismo camino! Indudablemente que ha debido verla.»

A pesar de las observaciones del conde hicieron los tres por largo rato pesquisas inútiles.

Este, indiferente al parecer á su desgracia, rompió el silencio que el terror le habia infundido, diciendo á su esposa con brusco y á la par conmovido acento:

—«Pero vos, señora, vos nada decis de vuestra conducta? ¿Ninguna disculpa hallais, cuando la misma Constanza las presenta?»

—«Yo no me disculpo, contestó Elvira; yo lloro y me arrepiento.»

—«Pero tienes un hijo delante: repuso el conde, en cuyo corazon iba desapareciendo la corteza amarilla de los solitarios sufrimientos.»

—«Si el corazon de un hijo ha de ser mi juez, no temo su fallo.»

—«En fin, señora, exclamó el anciano con impa-

cienta ternura; yo quiero que os disculpeis.

—¡Esposo mio! Te creia muerto; habian pasado catorce años: me veia sola, sin padres, sin amparo, sin hijo... tu hermano me hablaba de tí, me representaba á ti en su voz, en sus facciones... ¡Catorce años! ¡Ramiro! Trasládate al sepulcro; mira desde la tumba catorce años de una constancia, de una fé, de una memoria firme, pura, inalterable... Reyes me han solicitado, principes me han requerido, galanes me han enamorado, y sin embargo, solo he cedido al que era tu imagen, al que llevaba tu nombre, el que á mis ojos era mas otro tú en este mundo, donde yo ignoraba que existiese un hijo. Ahora mismo viene un Rey á disolver mi supuesto matrimonio, y me ofrecen una corona: con mi silencio la hubiera adquirido; pero sin va-

cilar un instante vengo á encerrarme contigo en este calabozo; he renunciado por verte á ver la luz del sol, el cielo, la naturaleza entera, solo por encerrarme aqui contigo para siempre.

—¡Ah! por qué has sido fuerte con los demás y débil solo con ese hermano aborrecido!

Este era el último grito que lanzaba el inveterado rencor del conde; porque en seguida añadió, haciendo un ademán de ira sobre la frente abatida de su esposa.

—Pues bien, Elvira, te perdono.

—¡Ah! exclamó esta queriendo besar su mano.

Ramiro la apartó.

—Te perdono, dijo; pero no me toques.

Elvira tornó á bajar los ojos agoviada al peso de



tan extraño rigor, cuando se levantó súbitamente lanzando una exclamacion de espanto.

Casi al mismo tiempo los demás dieron el mismo grito de sorpresa.

Ninguno preguntó la causa. Casi al mismo tiempo habian visto cubierto de agua el pavimento.

—Pronto: dijo el anciano: la salida del campo se ha cegado: vamos á darle paso, antes que esto se inunde.

Acudieron los tres al término del cauce, al sitio por donde el agua se sumergia.

Estaba franco, limpio al parecer: la obstruccion debia ser por la parte de afuera.

Rodrigo se tendia en el suelo, hundia el brazo en aquel conducto; pero no tropezó con obstáculo ninguno: tomó la espada y la sumergió tambien con el mismo resultado.

No cabia pues en lo posible dar salida á las aguas

que iban subiendo lentamente línea por línea, con espanto de aquella desventurada familia.

Quiso gritar la madre; pero demasiado sabia el anciano que los gritos eran sofocados dentro de aquellos gruesos paredones.

Harto mas hubieran logrado acudiendo á cerrar el conducto por donde el arroyo penetraba; pero cuando trataron de hacerlo, ya la compuerta del foso estaba levantada, y les fué imposible contener el impetuoso raudal que de pronto se les vino encima.

Entonces acabaron de convencerse de que la venganza de Ataulfo habia desatado aquel torrente, y que la suerte de los tres estaba decidida.

Morir juntos, y morir ahogados.

—¡Padre mio! exclamó el mancebo; ¡yo, cubierto de hierro, yo, empuñando una espada, y tener que morir tan miserablemente, y tener que presenciar vuestra agonía!...

—Tú, hijo mio, tú en la flor de la juventud, siendo la esperanza y alegría de tu madre, gritó la condesa abrazándole estrechamente, casi loca de desesperacion.

—¡Valdria mas no haberlos visto nunca que no verlos espirar! añadió el anciano.

En tanto iba subiendo el nivel del agua con una rapidez pavorosa: no ya línea por línea sino dedo por dedo.

Llegábales á las rodillas, y dentro de pocos minutos les pasaria la cabeza.

Volvieron los tres á todas partes el rostro; mirábanse unos á otros como si cada cual quisiese encontrar en los demás algun resto de esperanza, y solo veian la confirmacion de su cruel destino.

El anciano estaba mas que todos abatido. Qui-so tenderse en el lago y acabar de una vez sus miserables dias; pero Rodrigo le detuvo diciéndole:

—¿Qué haceis, padre mio? Resistamos hasta el último trance... ¿Quién sabe si el Rey descenderá de un momento á otro? ¿Quién sabe si... ¡Esperanza, padre mio, esperanza!

—¡Oh! ¡dichosa juventud á quien la esperanza no abandona al borde mismo del sepulcro!

—¿Quién sabe, padre mio, si Dios está esperando para salvarnos á que confiamos en él, á que perdonemos á nuestro enemigo, á que abraceis á vuestra esposa.

—¡Hijo mio! ¡perder un hijo como este! esclama-

mó Elvira. ¡Si pudiera salvaros á costa de mi vida, conoceria que Dios me habia perdonado!

—Señor, dijo el conde, recibe el sacrificio de nuestra vida... Perdónanos como perdonamos á nuestro enemigo...

—Todos, todos le perdonamos.

—Y abrázanos en tu seno, Señor, como yo abrazo á mi hijo... como abrazo á mi esposa.

—Ahora, exclamó esta, vertiendo raudales de lágrimas, y con un gozo que parecia imposible en aquella situacion; ahora ya puedo morir!

El agua habia ido subiendo sin cesar, y el pavoroso silencio que á la sazón reinaba era tan solo interrumpido por el monótono estruendo del torrente y por el casquido de las olas que se estrellaban en las piedras.

La atmósfera cada vez mas espesa, mas húmeda, mas fria, permitia apenas el paso á los débiles rayos de luz que chisporroteando despedia una lámpara pendiente de la bóveda.

Abrazados los tres prisioneros, no hablaban ya, no proferian sino sollozos y exclamaciones, hasta que en las espaldas de la condesa vino á chocar un cuerpo extraño que flotaba en el agua.

Volvió la cabeza Elvira, y vió una tabla cerca de sí: quiso apartarla y reconoció en ella algunos caracteres.

—El aviso de Constanza, exclamó, nos hemos salvado.

—¡Bendito sea Dios! contestaron el padre y el hijo.

—Esperad... La luz es tan débil que no distingo las letras...

—¡Oh! Mis ojos llevan quince años de oscuridad, contestó el anciano asiendo la tabla, y leyendo en ella lo siguiente:

«Buscad en un rincon del subterráneo una losa de dos varas: apretad fuertemente en el ángulo superior de la izquierda: la losa girará, subid, y en todas las de este tamaño haced lo mismo.»

—Y mientras buscamos esa piedra, exclamó Rodrigo, el agua nos habrá cubierto.

—¡No! Venid conmigo, repuso Elvira: Dios no hace á medias sus milagros... yo he descendido por ese camino oculto... Venid, y os serviré de guia.

—Despues de Dios, madre mia, dijo el mancebo que no perdía ocasion de ensalzar á su madre; despues de Dios á vos os deberemos nuestra salvacion.

(La conclusion en el próximo número.)

FRANCISCO NAVARRO VILLOSLADA.

LA TERCERA DAMA DUFENDE.

I.

Uno de los dias del mes de febrero del año que vamos corriendo, salimos de Madrid varios amigos á lo que se llama vulgarmente una partida de campo. Ibamos á caballo con ánimo de recorrer una parte de las cercanias de la coronada villa. Durante las primeras horas de marcha, todo iba perfectamente: teniamos un hermosisimo dia; ni quemaba el sol ni el frio incomodaba. A eso de las once nos detuvimos en

uno de los Carabancheles en donde teniamos dispuesto un almuerzo bastante *comfortable*; y como el ejercicio á caballo nos habia aguzado el apetito, nos sentamos alegremete alrededor de una mesa aseada sino elegantemente servida.

Estábamos en lo mejor del almuerzo, cuando rompió á llover, y lo que tenia traza de un chaparron se convirtió en formalisimo y prolongado aguacero. Ya

hacia una hora que nos habíamos levantado de la mesa, y continuaba lloviendo con la misma fuerza que cuando empezó.

—Qué haremos dijo el mas impaciente de entre nosotros?

—Jugar, contestó el mas tronera. Yo tengo aqui hasta ocho ó diez duros que es lo que me queda de la mesada que cobré ayer. Prestaré al que no tenga.

—Eso no está bien, observó un tercero; vamos por cierto á dejar una excelente reputacion en la posada de Carabanchel.

—Y bien! qué haremos? volvió á decir el primer interpelante.

—Charadas!

—Versos!

—Paranomasias!

—Quita allá! gritó uno de los mas autorizados. Las charadas aturden; los versos son indigestos, y las paranomasias son reventantes....

—Pero es necesario hacer algo....

—Sin duda.... Ah! me ocurre una idea magnífica, colosal, piramidal....

—Bien, bien! pero cuál es? gritaron todos.

—Escuchadme! Somos ocho: entre estos ocho hay dos extranjeros, dos viajeros, y cuatro.... en fin cuatro muchachos de 20 á 28 años. Es indudable que todos habrán tenido aventuras amorosas....

—Quién lo duda?

—Pues bien. Propongo que cada cual cuente la aventura de su vida que mas le haya interesado; aquella de que conserve mas grato ó mas doloroso recuerdo; en una palabra la mas señalada aventura de su vida amorosa.

—Magnífico! gritaron todos.

—Que comience R... dijo el tronera. Ese desgraciado tiene á su cargo tantas victimas! Es un *Lovelace*, señores! Y fué á dar una palmadita en la mejilla á aquel pobre de espíritu, que sin notar el sarcasmo de que era victima la recibió con bienaventurada sonrisa.

—Que empiece uno de los viajeros, dijo el de mas edad.

—Sí, sí, uno de los viajeros!

—Tú, me dijo mi amigo C. que hasta entonces no habia desplegado sus labios, y cuya pálida y grave fisonomía contrastaba de un modo extraño con los rostros animados y aturdida alegría de la ruidosa turba.

—Yo no tengo inconveniente; pero estos señores creo que preferirán oírte á ti, siquiera no fuese sino porque hablas tan poco.

—Tiene razon. Empieza tú, gritaron todos; y tomando cada cual una silla nos fuimos á colocar formando un semicírculo cuyo centro ocupaba mi amigo C.

—Ya que Vms. lo quieren absolutamente, voy á contar una aventura de mi vida cuyo recuerdo jamás se borrará de mi corazón. Protesto que todo cuanto diga por mas inverosímil que parezca es la pura verdad; y además suplico á Vms. que me dejen contar á mi modo, y sin interrumpirme....

—Nada es mas justo.

—Entre mis oyentes hay uno que sabe casi como yo esta historia singular, y él podrá asegurar á vues-

tras mercedes si desfiguro ó exagero yo en lo mas mínimo el retrato de Elena.

—Elena! gritó el tronera. Escucha R.... hay alguna entre tus infinitas victimas que se llame Elena?

—Calla si puedes, hombre, no interrumpas al narrador.

—Bien. Ya escucho.

Entonces nos contó C.... poco mas ó menos la historia siguiente:

Era una mañana lluviosa del mes de marzo del año de gracia de 1845. No recuerdo á punto fijo que día del mes era, ni el lugar que ocupaba en la semana, solo puedo decir que era uno de los dias en que está abierto el museo del Vaticano para la turba-multa de viajeros que invade á Roma en aquella época del año. Era por cierto un espectáculo curiosísimo aun para el viajero menos observador el exámen de la multitud que poblaba aquel día los vastos salones del celebrado museo. Un mediano fisonomista habria podido fácilmente dividir en varias clases, dignas cada una de particular estudio, aquella confusa mezcla de tantos pueblos y naciones. Venian primero los ingleses, *pura raza*, con sus delgadas personas y un si es no es extravagantes trajes; estos se detenian delante de cada objeto notable, y no se separaban de allí hasta despues de haber consultado mas ó menos largamente su *Artaria* (1). Los alemanes, de rubicundos y bondadosos rostros, en los que al través de sus rollizas facciones, se descubren á la par los sentimientos benévolos del corazón humano, y los instintos mas elevados del buen gusto en las artes y la penetracion investigadora en las ciencias; los cortesanos franceses, admirando como el que mas todo lo bueno y grande, sin dejar por esto su petulancia que parece decir á los demas: *«Todo esto es muy hermoso sin duda; pero tenemos algo mejor en nuestra bella Francia»*. Los ceremoniosos rusos, los sencillos holandeses, los espresivos italianos; y para completar el cuadro algunos árabes, griegos y otros orientales; y á pesar de su proverbial aversion á los viajes, algunos españoles, de atezados rostros y animosa mirada, que dejando aparte el traje, solo se distinguian de los árabes por tener alguna mayor corpulencia, y un tanto mas abultadas las facciones que sus antiguos dominadores. Una idea, tal vez estrafalaria, me ocurre en este instante, y voy á enunciarla aunque sea entre paréntesis (me gustan los paréntesis y digresiones); pero vamos al grano. En mis viajes por Oriente, he tenido frecuentemente ocasiones de rozarme de cerca con los hombres y los caballos árabes, y me parece que los hombres españoles son á los hombres árabes, lo que sus caballos á los caballos de aquellos. Me esplicaré: los caballos andaluces son evidentemente de la misma raza que los árabes, con sola la diferencia de ser aquellos mas cenceños, de piernas mas enjutas y de nervios mas pronunciados; y á su vez los hombres de aquellas abrasadas regiones son mas menudos de miembros, de facciones mas finas, y mas nervudos que los españoles; pero los caracteres distintos de las razas humanas son los mismos en ambos pueblos; mas diré aun: hay en su manera de ser, y en sus hábitos é inclinaciones, analogías sorprendentes.

(1) Guía del viajero en Italia, que goza justamente de un gran crédito.

dentes (1). Semejante cuestion, empero, es para mantenida por alguien que mas que yo alcance, y si esta mi opinion no es recibida simplemente como la anuncio, abduco desde ahora al que contenderla quisiere, la gloria que me podria haber con el triunfo, por no correr los riesgos del combate. Mas para anudar el hilo de esta mi histórica leyenda, repito que era por cierto muy curiosa la fisonomia, si puedo servirme de esta palabra, de la concurrencia que poblaba los vastos y numerosos salones del museo Vaticano.

Habia entre aquella gente, artistas distinguidos que contemplaban arrobados la inmensa multitud de obras maestras de pintura y escultura que ha amontonado en aquellas galerias la magnificencia de tantos pontifices; ingleses *esplínicos*, que se pasean por todo el mundo sin conseguir separarse de la enfermedad que los devora, puesto que tiene su origen en la abundancia de oro y en la saciedad de todos los goces posibles que aquella trae consigo; hermosas damas de nervios impresionables, las cuales allí como en todas partes estaban sujetas á sus incómodas crispaturas (no pocas veces voluntarias); banqueros tan ricos como estúpidos, cosmopolitas animales, que van adonde van los demas, y al través del lente sacramental, miran con igual expresion un anuncio de teatro, ó una de las admirables creaciones del cincel griego, ó del pincel romano; *commis voyageurs* (2) de tercera clase, creyendo darse el colorido de viajeros de nota, y consiguiendo solo con sus modales impertinentes y exagerados ademanes, la nota de insolentes nulidades; árabes del desierto que si bien han perdido absolutamente la pericia y buen gusto de sus antepasados en las bellas artes, conservan aun el instinto de lo bello que se trasluce al través de sus pupilas ardientes; y finalmente en número infinito, individuos de todos los países y de todas las edades de la vida, sin colorido característico, y de calificación imposible por decirlo así, entre cuyo número nosotros humildes narradores nos contamos. Tal era poco mas ó menos el aspecto que presentaba el museo Vaticano una mañana lluviosa del mes de marzo de 1845.

Habia yo recorrido todo el establecimiento, y me preparaba á regresar á mis penates; pero antes quise dar otra ojeada al *Apolo de Belvedere*, y me dirigí á la pieza en que está la celebrada estatua. La multitud se habia ido retirando, y al entrar en el gabinete de Apolo, vi que no habia allí sino una mujer vuelta entonces de espaldas á la puerta. Aquella mujer estaba apoyada sobre sus codos en el pedestal del Apolo, y parecia ocupada en escribir. No recuerdo haber visto en mi vida un talle mas esbelto y elegante: llevaba un vestido de muaré color de lila, bastante corto para dar ver entero un piececito que daria celos á una andaluza, calzado con unas botitas

(1) Es inútil decir que se habla del tipo español meridional.

(2) Tradúzcalo el que quiera. Yo creo que es un tipo exclusivamente francés, al cual es preciso conservarle su nombre propio.

negras que hacian resaltar aun mas el contorno de una pierna perfecta, á juzgar por lo que de ella se descubria. Sobre el vestido llevaba puesta una especie de levita corta de terciopelo negro (1) muy ajustada, lo cual hacia patentes las perfectas proporciones del cuerpo de la desconocida. No sé cuanto tiempo habria estado contemplándola, sin la llegada de varias personas, que despues pude colegir pertenecian á la familia de mi incógnita; al ruido que hicieron aquellas gentes al entrar, se volvió ella, y me sorprendió en la actitud de profunda contemplacion que tenia hacia no poco rato; fijó en mí las intensas miradas de sus negros y rasgados ojos con cierta expresion de interés que me causó alguna extrañeza; pero esta se convirtió en asombro, al verla dirigirse hácia mí y preguntarme con tono entre confiado y circunspecto: *Siete duque tutto? artista pure?* (2) aunque se espresaba con libertad y pureza, conocí al punto que no era italiana, por cierta acentuacion francesa que denunciaba á leguas su nacionalidad. Al pronto no comprendí qué me queria decir, y repuse bastante balbuciente:

—Creo que me toma V. por otro.

—No es fácil. Estoy segura de que es V....

—Yo? pero señorita (era tan jóven que creí deber darle este título) creo que nunca he tenido el honor de ver á V.

—Eso es muy posible.

—Y entonces, como se esplica....

—Muy fácilmente. No es V. poeta?

—Yo, señorita?

—Si señor, V.

—Hago versos, es cierto; pero....

En aquel momento se acercaron á nosotros las personas que habian entrado poco antes. Eran una mujer que representaba de treinta á treinta y dos años, muy bella todavía, que llevaba de la mano á un niño como de seis, hermoso como un cupido, y apoyaba la otra en el brazo de un hombre que parecia haber dado aun muy pocos pasos mas allá de la línea que señala la mitad de la vida humana. Aquellas tres personas se parecian cada una de un modo admisible á mi bellissima desconocida; pero el niño sobre todo era su verdadero retrato. Al llegar á nosotros su familia, me tendió la mano diciéndome al mismo tiempo en su nativa lengua con un acento tan cariñoso y á la vez tan triste, que me causó la emocion mas profunda.

Au revoir donc, frere (3).

Cojí y estreché entre las mias aquella lindisima manecita, y tal era mi agitacion que apenas pude contestar un balbuciente «adios» á su tierna despedida, cuando ya incorporada á los suyos, hacia la salida de aquella pieza se dirigia.

(Continuará).

J. HERIBERTO GARCIA DE QUEVEDO.

(1) Estamos á oscuras casi enteramente en orden á nombres de trajes, adornos, etc. etc. femeniles.

(2) Todo lo es V.? tambien artista?

(3) Hasta la vista, hermano.

REVISTA MENSUAL.

(Desde el 25 de octubre al 25 de noviembre.)

Las elecciones municipales celebradas tranquilamente, los sordos rumores de conciliabulos y tramas que han andado en boca de todos; la apertura de las cortes á cuya ceremonia asistieron S. M. la Reina; su esposo, y la Reina madre, y las ruidosas variaciones de doctrinas y redaccion que se han hecho notar en un mal aventurado periódico progresista, son las novedades de politica que cumple a nuestro propósito mencionar á la cabeza de estos renglones.

Mayor es por fortuna el número de las noticias literarias y artisticas que debemos consignar en el trecho que nos queda para llenar este cuaderno.

El nombre de Zorrilla, del poeta inspirado cuyas mas insignificantes producciones llaman siempre vi-

vamente la atencion, ha vuelto de nuevo á repetirse con motivo del estreno del drama *La calentura*, continuacion de *El puñal del Godo*. Afortunadamente el retraso con que llegamos á hablar de esta obra, hace que seamos, mas bien que órganos de nuestra propia opinion, intérpretes de la que ha dominado en el público y la prensa; y decimos que tenemos por suerte vernos en tan ventajosa posicion, porque creemos que se necesita hallarse autorizado con títulos muy valederos para juzgar las producciones de un ingenio de primer orden, cual es el del autor de que nos ocupamos, de manera que la opinion individual ofrezca alguna garantia, especialmente si como sucede esta vez la critica imparcial debe alabar y censurar. No hay quien



Escena final del drama *El trapero de Madrid*.

ignore el argumento de la primera parte de *El puñal del Godo*, en la segunda se ha propuesto el señor Zorrilla justificar la memoria de la Cava, del negro borron que pesa sobre su honra y que los siglos han conservado indeleble hasta nosotros, para ello ha dado un colorido fantástico á la composicion, presentando delirantes á D. Rodrigo y á Florinda y sirviéndose tambien de sucesos sobrenaturales; esto ha perjudicado notablemente al drama, que ha venido á ser un lúgubre cuadro inverosímil y falto de accion y de movimiento, sin otro interés que el que escitan los dos personajes gigantescos que figuran principalmente en él, y el de el estilo y la versificacion. Pero si hay sobra de sencillez y pobreza en el argumento, que carece de efecto featral, en cambio la produccion es un conjunto de bellezas, de pensamientos felicisimos y de riquezas poéticas dignas del privilegiado talento que las ha escrito. La descripcion que D. Rodrigo hace de la batalla en que perdió su poder,

y la de Florinda al referir su deshonor, son dos trozos modelos de versificacion. Los dos papeles de importancia en el drama, el de el Rey y Florinda son de una dificultad inmensa; pero fueron perfectamente desempeñados, por la señora Diez y el señor Romea; la primera hizo su salida de una manera sorprendente y dió al carácter de Florinda el colorido fantástico que exigia, con el acierto y el tino que acostumbra esta eminente actriz. Los señores Romea, D. Florencio y Lopez parecian hacer todo lo posible para aumentar la languidez de que el drama adolecia. En la misma noche se estrenó un comedia titulada: *Los pasteles de Maria Michon*, sacada de una novela de Dumas y que no merece nos detengamos en ella; mas digna es de atencion la que se titula *El robo de un hijo*, produccion interesante, de verdad y de passion, arreglada con mucho tino por el señor Navarrete, así como la linda pieza: *Un diablillo con faldas*. En la primera sobresalió como siempre la señora Diez,

y en la segunda la señorita Tablares á cuyo beneficio se estrenaron ambas. Otra produccion nueva, original del señor Navarrete ha presentado el teatro del Principe; nómbrese *Pecado y expiacion*, y es un precioso cuadro de costumbres, lleno de interés, que tiene escenas perfectamente escritas, especialmente en el último acto que proporcionó un nuevo triunfo á la señora Díez y el señor Romea: el autor fué llamado á la escena concluida la representacion y saludado con unánimes aplausos. Se nos olvidaba hacer mencion del juguete, original tambien del señor Navarrete, *Un ente singular*, que abunda en chistes, y encierra bajo su forma ligera una buena idea.

El teatro de la Cruz, despues de ofrecernos una produccion pálida y monótona titulada: *Achaques del siglo actual*, se ha visto concurrido gran número de noches, merced á la representacion de el drama *El traperero de Madrid*, arreglado por el señor Lombardia, y alijerado de las escenas mas pesadas que tenia el original francés; es esta produccion un conjunto de escenas populares, fielmente copiadas y combinadas con acierto, encerrando un fin moral, siendo de notar la circunstancia de que, gracias á la atinada refundicion hecha por el señor Lombardia, no obstante la extraordinaria estension del drama, el interés está sostenido de una manera admirable desde el principio hasta el fin; á esto ha contribuido el esmero con que ha sido exornado y puesto en escena y la perfeccion que ha habido en los ensayos. El señor Lombardia merece particular mencion por el talento con que ha interpretado el papel de protagonista, que es dificilísimo y del cual pende el éxito del drama, los demas actores contribuyeron en su mayor parte á la buena acogida que ha tenido *El traperero de Madrid*. Las decoraciones pintadas por el señor Abrial, son lindisimas. Presentamos la copia de una de las escenas capitales de esta interesante y aplaudida produccion. A beneficio del Sr. Aznar se ha puesto en escena *Marta la piadosa*: la señora Baus interpretó con acierto el carácter de la protagonista: igualmente felices estuvieron la señorita Noriega y el señor Caltañazor en el desempeño del juguete *Una noche á la intempérie*.

Tambien el teatro del Instituto ha conseguido buenas entradas con la representacion de *La alqueria de Bretaña*, melodrama de Federico Soulié, de mucho in-

terés y efecto teatral y en cuya ejecucion nos complacemos en poder decir que se han esmerado todos los actores, cuanto estaba de su parte.

En Variedades se ha estrenado una comedia del señor Ribot que lleva el titulo de: *Un cuarto con dos alcobas ó dondelas dan las toman* y que fué muy aplaudida. Solo el compromiso en que estamos de no dejar pasar desapercibida ninguna produccion nueva de las que se estrenan en los teatros, nos mueve á citar el nombre de una comedia y una pieza ejecutada en el mismo coliseo que se titulan: *El aventurero español*, la primera, y *Los infantes improvisados*, la segunda.

Dejando los teatros de verso, recorreremos los que ofrecen espectáculos de otro género. En el del Circo se ha cantado *Marino Faliero*, en cuya opera ha hecho su estreno el señor Fornasari, que estuvo felicisimo y demostró cualidades de cantante de mérito; su timbre de voz, su escuela de canto y sus distinguidas maneras le valieron justos aplausos que alcanzaron tambien al señor Morelli, quien estuvo mas feliz que otras veces, la señora Borghese desempeñó tambien perfectamente su papel. A *Marino Faliero* ha seguido: *La italiana en Argel* que sirvió para la salida de nuestro caricato y distinguido cantante el señor Salas y que proporcionó nuevos aplausos á los señores Fornasari y Calzolari.

La compañía del Museo no ha ofrecido otra novedad que *El Nabuco*, ópera en que los cantantes de este teatro han salido airosos, así como los coros que son los que habia en la Cruz.

Jhon Lees y sus dos lindos hijos, han hecho que en el Circo de Paul no se haya visto una localidad vacia en todo el mes y ciertamente que eran dignos de llamar la atencion del público la limpieza y el gusto con que ejecutaban estos atletas multitud de ejercicios sorprendentes.

Se ha inaugurado en fin el *Hipodromo* que el señor conde de Cuba ha construido fuera de la puerta de Santa Bárbara: presenta una perspectiva lindisima, alegre y pintoresca, pero las funciones que ha habido hasta ahora no han ofrecido la menor novedad y dudamos mucho que si los ejercicios no son mas nuevos y notables, haga fortuna este espectáculo.

ANGEL FERNANDEZ DE LOS RIOS.

GEROGLIFICOS.

SOLUCION DEL ANTERIOR.

Quien hace un cesto hará ciento si le dan mimbres y tiempo.

N. 11.

